

EL HONOR DA ENTENDIMIENTO,

Y

EL MAS BOBO SABE MAS,

COMEDIA

DE DON JOSEPH DE CAÑIZARES.

El mas necio sabe mas,
en lo que á su asunto toca:
que la honra dá entendimiento. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Don Pedro de Utrera, Caballero de Granada, tenia ajustado el casamiento de su hija Doña Leonor con Don Lorenzo de Maqueda, tan falto de entendimiento, que nunca pudo alcanzar la menor instruccion á pesar de las diligencias y maestros que le destinó su padre para este fin.

Amaba de antes Doña Leonor á un Caballero llamado Don Henrique, por cuya repentina ausencia, y porque en dos años que duró, no la habia escrito estaba zelosa, creyendo la hubiese olbidado por otra dama, fundandose en noticias poco seguras y exâctas.

Vuelve Don Henrique á Granada al tiempo, en que estaba para efectuarse la boda: y entrando en casa de Doña Leonor, descubre en ella á su hermana Doña Inés, que huyendo de él, se habia disfrazado, y con el nombre de Dorotéa servia á Doña Leonor, la qual, engañada, con haberla asegurado Doña Inés,

que era la dama que Don Henrique perseguia, sin declararla, que era su hermana, se despecha y resuelve, casarse con Don Lorenzo.

Casada Doña Leonor, revela Dorotéa á su Ama ser ella Doña Inés, y ser su hermano Don Henrique, igualmente que la causa de huir de su hermano, que la perseguia, por haberla hallado hablando con su amante Don Felix, que estaba ya en aquel tiempo en la misma Ciudad. El disgusto de Doña Leonor con su casamiento desgraciado, la asiduidad de Don Henrique en la casa de Don Pedro, tanto por ver á Doña Leonor, quanto por averiguar, si estaba alli su hermana, el empeño de Doña Isabél, prima de Doña Leonor, en atraher á Don Henrique á su voluntad, el acecho continuo de Don Felix, por ver á Doña Inés, y un papel amoroso de ésta, dirigido á aquel, pero escrito á sus instancias de letra de Doña Leonor dan motivo á vários lances, y á las sospechas de los padres de los novios, poco favorables al honor y recato de ella: pero Don Lorenzo constante, en juzgar bien de su mujer, averigua la verdad, por medio de

Doña Inés ó Dorotéa, y descubriendo la inocencia de su esposa, se burla de los viejos, verificandose asi, que el honor da entendimiento.



PERSONAS.

DON HENRIQUE DE GUEVARA.

DOÑA INES *su hermana.*

DON SANCHO DE MAQUEDA.

DON LORENZO *su hijo.*

DON PEDRO DE UTRERA.

DOÑA LEONOR *su hija.*

DOÑA ISABEL *su sobrina.*

DON FELIX DE TOLEDO.

JUANA, *criada.*

ESPARABAN.

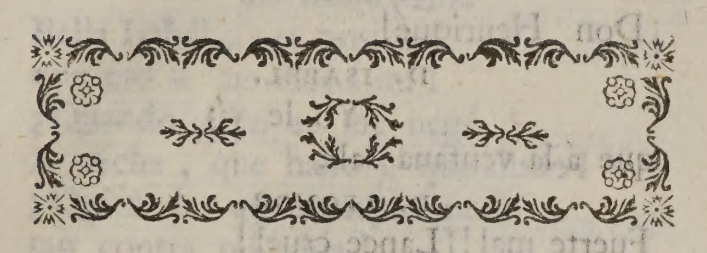
MARTIN.

UN MAESTRO *de leer.*

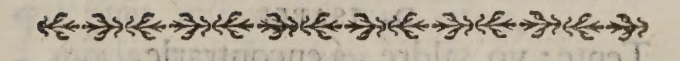
UN MAESTRO *de esgrima.*

Tres hombres.

Música.



EL HONOR
DA ENTENDIMIENTO,
Y EL MAS BOBO
SABE MAS.



JORADA PRIMERA.

Salen Doña Leonor, Doña Isabél y Juana.

D. LEONOR.

¿Qué dices, Juana?

JUANA.

Que es él.

D. LEONOR.

¡Don Henriqué!

D. ISABEL.

Yo le ví;
que á la ventana salí.

D. LEONOR.

Fuerte mal! ¡Lance cruel!
Anda, detenle; anda aprisa.

JUANA.

Yo no le podré la puerta
cerrar, pues viendola abierta,
querer, que no se entre, es risa.

D. LEONOR.

Pues yo podré huir; que no
tengo ánimo, de hablarle.

D. ISABEL.

Tente: yo saldré, á encontrarle.

Salen Don Henrique y Martin de camino.

D. HENRIQUE.

Felíz mil veces, quien vió
del alcazar celestial,
adonde habita su bien,
franca la entrada.

D. ISABEL.

Por quien
el que entráre, entrará mal.
Y asi, no paseis de aqui.

MARTIN.

A Dios: mudanza infalible.

D. HENRIQUE.

Bella Isabél, ¡ es posible,
que eso se me dice á mí!
¿Quando á mí se me negó
la dicha, que hallo y que dudo?
¿Quién dar un precepto pudo
tan contra mi vida?

D. LEONOR.

Yo.

D. HENRIQUE.

¡Vos! No me espanto, de vér
desayrada mi esperánza;
que en mi ausencia en vos mudanza,
es cumplir, siendo mujer.
Yo me engañé; perdonad;
que pues muerto en vos estoy,
á morir á todos voy.
Dadme licencia.

D. LEONOR.

Esperad.

MARTIN.

No ha de esperar; ni es razon.
Despues de vernos hundidos,
venidos y ahun revenidos,
mas que en Septiembre el turron,
salir con una quimera,
es muy grande porquería.
¿Y tú, hermosa Juana mia?

JUANA.

Hermano, por la otra hacera.

MARTIN.

¿Tambien estás demudada?

JUANA.

No extraña, pero indecisa.

MARTIN.

Asi fuera de camisa
y ahun de pellejo, taymada.

D. LEONOR.

Quien os oyere, señor
Don Enrique de Guevara,
disculpando vuestra ausencia,
encarecer mi mudanza,
á vos os tendrá por fino,
y á mí me culpará ingrata.
Seis años me habeis servido.
Sí con expresiones raras
de sencilla fé, las voces,
los billetes y las ansias
de vuestro encarecimiento
lo dixeran, si no halláran,
que, con sus obras, de infieles
su mismo dueño las tacha.
Yo, que nací roca expuesta
de amor á las asechanzas,
os ví, os oí, y me rendí.
Culpa fué; pero engañada,
es culpa, en que hoy en el mundo

hay muy pocas, que no caygan.
Digalo yo, que despues
de franquearos la esperanza,
que á nadie dí, continué
las veras, con que os amaba,
hasta que, sin saber cómo,
por que razon ó que causa,
sin despediros de mí,
faltasteis de vuestra casa.
No es eso lo mas; sino ès,
que esta, ó locura, ó mudanza
continuada en vos dos años,
ni un aviso ni una carta
os debió mi amor; y quando
triste, sola y despechada,
por los vuestros saber quise,
qué haciais, y adónde estabais:
supe, que andabais en busca
de una bellísima Dama.
Y asi, porque no es razon,
despues de ausencia tan larga,
que sobras de otras finezas
querais conmigo gastarlas,
idos con Dios, Don Enrique;
que no quiero, os hagan falta
para cartas amorosas,
que os merecerá esa Dama,
y que yo no os merecí,
las frases extraordinarias,

las voces encarecidas
y las ardientes palabras,
que gastais, en persuadirme,
lo que yá sé. Vamos, Juana.

D. HENRIQUE.

Oye, espera.

D. LEONOR.

No hay, que espére.

D. HENRIQUE.

Darasme motivo, á que haga
un desatino, si no oyes
mi disculpa.

D. LEONOR.

Ahunque la hallárais,
viene tarde, Don Henrique,
despues de tibiezas tantas.

D. HENRIQUE.

Ahunque sea tarde, si yo
tu juicio desengañára,
vieras mi razon, y vieras,
que no es culpa, y es desgracia,
la que me ha hecho padecer
tu enojo.

D. LEONOR.

Y ahun no bastára.

D. HENRIQUE.

¿Por qué?

D. LEONOR.

Porque soy, quien soy:

Sufrí, esperé contrastada
de mi padre y mis parientes;
y, como dió tu tardanza
motivo, á que se creyese
tu muerte, buscaron traza,
de darme esposo mis padres.
He dado mi fé, y palabra
de obedecer á los mios:
no es posible, quebrantarla.
Si tú has tenido la culpa,
tú allá contigo te habla,
y te responde; que ahunque
mil satisfacciones haya,
no llegando á tiempo, solo
me está bien, el no escucharlas. *vase.*

D. HENRIQUE.

Cayga el cielo sobre mí.

MARTIN.

No quiera el cielo, que cayga,
estando yo cerca.

D. HENRIQUE.

Dime,
(¡ay de mí!) dime, mi Juana:::

MARTIN.

Como el ama se despinta,
me enamora la criada.

D. HENRIQUE.

¿Qué es esto?

JUANA.

Qué mi señora
de boda está enquillotrada.

D. ENRIQUE.

¿Pues desde quándo?

D. ISABEL.

Mi prima,
Don Enrique, os manda, os vayais,
antes que mi tio vuelva.

D. ENRIQUE.

Haré, lo que se me encarga,
como os deba una fineza.

D. ISABEL.

No seré yo tan avara
(¡ay muda inclinacion mia!) *ap.*
á vuestras prendas gallardas,
como mi prima. Decid.

D. ENRIQUE.

¿Que novedad tan infausta
es esta? ¡Leonor casarse!
¿Cómo, y con quien?

D. ISABEL.

En el alma
siento, que lo que quereis,
que haga por vos:::

D. ENRIQUE.

¡Pena extraña!

D. ISABEL.

Sea daros un pesar.

Pero consolado vaya
vuestro pecho, con saber,
que os venga, quando os maltrata.

D. ENRIQUE.

¿Quién?

D. ISABEL.

Leonor.

D. ENRIQUE.

¿Por qué?

D. ISABEL.

Porque
con Don Lorenzo se casa
de Maqueda, el Mayorazgo
Bobo (que es como en Granada
le apellidan) por la mucha
hacienda, con que se engaña
la codicia de mi tio,
queriendo vér empleada
la belleza de Leonor
en un bruto, tan sin traza
de hombre, que por no afrentar
su progenie, encarcelada
tiene su padre su necia
persona, dandole en casa
toda la doctrina inutil,
que no le sirve, y le cansa.
Esto os puede consolar.
¡Pero qué es esto!

D. PEDRO *dentro.*

Abre, Juana.

JUANA.

¡Ay Jesus! Este es mi amo.

D. ISABEL.

¡Mi tio! En aquella quadra
os retirad; que en pasando,
podeis, ahunque esté cerrada,
abrir la puerta, y salir. *vase.*

D. ENRIQUE.

Que estos sustos se pasáran,
para ser favorecido,
yá fuera dicha; mas, para
ser infelíz, solo yo
lo experimento.

JUANA.

Entra, y calla.

MARTIN.

Despues de desprecios palos
es solo, lo que nos falta. *Entranse.*

Salen Don Pedro y Doña Inés tapada.

D. PEDRO.

Mientras yo, señora, entro,
á que á esta pieza no salgan
mi hija y sobrina; pues no es
razon, que vean, que haya
mujer, que les dé otro exemplo,
que el del recato, que guardan,
esperad un rato.

D. INES.

Penas,
¡quando tendrán mis desgracias
satifecha la crueldad
de mi fortuna inhumana!

D. PEDRO.

Juana, vén. *vase.*

D. INES.

¡Qué venerable
anciano! ¡Qué noble casa!
¡Qué sumptuosa y compuesta!
Ya agradezco, que encontrára
Fábio amigo, que parece
de suposicion, en que haya,
pues ha de ser en quien tome
puerto mi incierta borrasca,
respeto y autoridad.
¡Qué superiores alhajas!
Por quanto fuese un cristal,

Encarase á un espejo, que ha de estár en el paño.

que sin temor desengaña,
el primero, que á mí misma
me acuse mi semejanza.
Pues :::-

MARTIN.

Yá es tiempo, que nos vamos.

D. ENRIQUE.

Mira, que ruido no hagas. *vanse.*

D. INES.

¡Mas ; ay infelíz de mí!
Sombra injusta, ilusion vaga,
que á Enrique me representas,
no me adelantes (aguarda)
mi muerte ; que::-

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

Ya segura
estais : hablad confiada,
de que nadie oye.

D. INES.

¡Ay de mí!

D. PEDRO.

¡Qué es eso! ¡Que os sobresalta!

D. INES.

Nada , y mucho ; pues::-

D. PEDRO.

Hablad.

D. INES.

Mirando á ese espejo estaba,
y ví en él á mi enemigo,
que acechando á mis espaldas,
mi ruina::-

D. PEDRO.

Eso es fantasía.
Yo veré toda la quadra.
Solo está todo.

D. INES.

Mis propias
aprehensiones me arrebatan.
Yo, Señor Don Pedro, (¡ay triste)
como habrán dicho las cartas,
que para vos me dió Fábio,
soy de Enrique de Guevara
hermana.

D. PEDRO.

?Qué me decís?
No le conocí; mas tanta
su fama fué::-

D. INES.

Como hoy es.

D. PEDRO.

¡Qué ahun vive!

D. INES.

Sí, señor.

D. PEDRO.

Falsas
las noticias de su muerte
fueron, sin duda, en Granada.

D. INES.

Hizo él echar esas voces
en Madrid, en donde estaba,
por lograr con mas cuidado
perfeccionar su venganza.
Pero pues de todo, es fuerza,
daros cuenta, una mañana

ví á Don Felix de Toledo.

D. LEONOR *dentro.*

Trahenos las labores, Juana.

D. PEDRO.

Esperad; que ya discurro
en solo quatro palabras
de hermano, ausencia y agravio,
que es, lo que os trahe á mi casa,
caso de honor. Esta pieza
es paso de las criadas,
y todo el trafago. Entrad
en mi despacho; que en árduas
materias, solo las logra,
el que mejor las recata.

D. INES.

Vuestro amparo:::

D. PEDRO.

Andad, señora.
¿Ahora quereis, que faltára
á mujer de obligaciones,
que se vale de estas canas?
Posada, auxílio y socorro
teneis.

D. INES.

Beso vuestras plantas.

D. PEDRO.

Ah, sí, ¿Vos cómo os llamais?

D. INES.

¿Yo? Doña Inés de Guevara.

D. PEDRO.

Pues no ha de ser ese nombre,
el que tengais; que no es chanza
hermano noble ofendido,
y otras dos mil circunstancias,
que habrá sin duda en el cuento,
para no andar recatada.
Venid, donde con mi hija
vivais segura, estimada
y querida.

D. INES.

Con el nombre
me contento de criada
suya y vuestra.

D. PEDRO.

No lloreis. *Entrase.*
Extraños sucesos pasan
por las gentes; á bien, que
Leonor ha de estar casada
presto, y estaré sin sustos;
que hijas bellas son alhajas,
que el medio de no perderlas,
es, ser breve en despacharlas.

Vase, y salen Don Sancho, un Maestro de leer y Esparaban.

D. SANCHO.

¿Ha tomado ya leccion
Don Lorenzo?

ESPARABAN.

Está ahun roncando.

MAESTRO.

Y yo, habrá una hora, esperando.

Salen Don Lorenzo en chupa y valona

D. LORENZO.

Padre, la benedicion.

D. SANCHO.

Hijo, hoy has tardado á fé,
en levantarte.

D. LORENZO.

Por mi,
presto me vistiera, si
no hubiera sido, porque
esta pierna no queria,
hasta que estotra riñó
con ella, y fuera la echó,
y ella despues no salia.
Calzaronse, y demás de esto
tubieron pendencia un rato,
porque se perdió un zapato;
y es, que el uno estaba puesto,
y otro que me iba á poner,
y otro zapato faltaba,
y la pierna regañaba.
¡Jesus lo que hubo de habér!
Despues de tanto reñir,
yo las dixe á sus mercedes:
dense por esas paredes;

que yo no me he de podrir.

MAESTRO.

¡Vióse tal majadería! *ap.*

ESPARABAN.

Es un bruto mi señor. *ap.*

D. SANCHO.

Es este vencible error
candidéz de fantasía;
y siendo sinceridad,
espero, que nos dé indicio,
de vencerla, el exercicio
del estudio. A Dios quedad,
y dad leccion de leer. *vase.*

D. LORENZO.

Sí, que ya quiero almorzar.

MAESTRO.

Vamos á deletrear.

D. LORENZO.

Mejor es délecomer.

MAESTRO.

¿Qué es esta?

D. LORENZO.

Letra,

ESPARABAN.

Penetra
como un bruto.

MAESTRO.

¿Y esta aqui?

D. LORENZO.

Letra.

MAESTRO.

Que es letra, es asi;
¿pero quál letra?

D. LORENZO.

Esta es letra.

MAESTRO.

¡Ahora con Bercebú
estamos aí! Dí, pues,
¿es a, e, i, o, u? ¿ó qué es?

D. LORENZO.

Esta es a, e, i, o, u.

MAESTRO.

Todo lo de ahier se fué.
Decid conmigo, bea ba.

D. LORENZO.

¿Qué es eso, de que se vá? *Agarrale.*
¿Pues adónde se vá usté?

MAESTRO.

Son letras. Yo estoy perdido.
Dí, be a ba aqui, bruto.

D. LORENZO.

Calle.
¿Cómo quiere, que las halle,
si dice usted, que se han ido?

MAESTRO.

Esto es inutil. Segun
su chola él no dará en ello.

D. LORENZO.

Mucho mejor es aquello.

MAESTRO.

¿Quál?

D. LORENZO.

El chan, chen, chin, chon, chun.

ESPARABAN.

Como es medio rebuznar,
le ha agradado.

MAESTRO.

Vuestro padre
quiere, que el estudio os quadre
y es en vano el porfiar;
pues la primer juventud
pasada, y el genio vuestro
lo impiden.

D. LORENZO.

Señor Maestro,
yo todo soy jumentud.
¿Mas, si no me castigais,
cómo tengo de aprender?

MAESTRO.

¿Castigado quereis ser?

D. LORENZO.

¿Por qué no?

MAESTRO.

¿Vos lo mandais?
Dadme la mano.

D. LORENZO.

¿Qué son amistades?

MAESTRO.

Yo soy Juez,
Tomad, para que otra vez
estudieis bien la leccion.

Dale con una palmeta, corre Don Lorenzo trás él, y él la dexa caer en el suelo, y se vá.

D. LORENZO.

Ah perro.

ESPARABAN.

A escapar se aplica.

D. LORENZO.

Que me muero.

ESPARABAN.

¿Qué te ha dado?

D. LORENZO.

En la mano me ha pegado
una cosa, que me pica.

ESPARABAN.

Este palo es.

D. LORENZO.

Ve con tiento:
no le llegues.

ESPARABAN.

Es quimera;
que es madera.

D. LORENZO.

Si es madera,
es madera de pimiento.
Mas daca, sea lo que fuere.

ESPARABAN.

¿Dónde la quieres echar?

D. LORENZO.

Por Dios, que la ha de probar
el primero, que viniere.

ESPARABAN.

Aqui está el maestro de Esgrima.

Sale el Maestro de Esgrima.

MAESTRO.

Benos dias nos dé Dios.

D. LORENZO.

¿Sabeis bien la leccion vos?

MAESTRO.

Por diestro el Lugar me estima:
ahunque vér perdido siento
el tiempo, en que no aprendeis.

D. LORENZO.

Es que si no la sabeis,
habrá para vos pimiento.

MAESTRO.

Poneos recto. *Toman espadas negras.*

D. LORENZO.

¿Cómo?

MAESTRO.

Asi.

Ese es ángulo.

D. LORENZO.

Me rio:
¡Angúlo! Ese era mi tio.

MAESTRO.

Dad ahora un paso hácia mí.

D. LORENZO.

No solo uno, sino tres.

MAESTRO.

¿Y la espada?

ESPARABAN.

Es bestia ruda.

D. LORENZO.

¿Qué quereis, que á un tiempo acuda
á las manos y á los pies?

MAESTRO.

Son dos acciones forzosas.

D. LORENZO.

Ya es vuestra tema importuna.
Bueno es, no sabiendo una,
pretender, que haga dos cosas.

MAESTRO.

Pues todo lo erramos.

D. LORENZO.

¡Qué!
¡Que lo erramos!

MAESTRO.

Claro está.

D. LORENZO.

Pues dadme la mano.

ESPARABAN.

Ta.

D. LORENZO.

Dad la mano.

MAESTRO.

¿Para qué?

D. LORENZO.

Aqui para entre los dos,

Dale con la palmeta.

para siempre que se os pida,
trahed la leccion sabida.

ESPARABAN.

¿No os avisé?

MAESTRO.

Vive Dios,
que es un grande atrevimiento,
y le tengo de matar.

D. LORENZO.

Aprended, para enseñar.

MAESTRO.

¿Yo tal afrenta consiento?
Por vida:::

Sale Don Sancho.

D. SANCHO.

¿Qué ha habido aqui?

D. LORENZO.

Nada, señor: que le ha dado

pimiento, para que aprenda,
pues ha de enseñar á tantos.

ESPARABAN.

Al Maestro de leer,
que le pegó un palmetazo,
él le quitó la palmeta,
y vá á los demás cascando.

D. SANCHO.

Ya veis, quán infeliz soy,
en tener un insensato
por hijo; perdon os pido
de un error tan temerario:
y admitid esa cadena
en recompensa del daño.

MAESTRO.

Bien os puede agradecer,
que hayais al tiempo llegado,
de que no le escarmentase;
y con un aviso os pago
vuestra bizarría. Tratad,
de no intentar apuraros
vida y hacienda; porque,
ahunque viva cien mil años,
es incapáz vuesto hijo,
de mas que ser un gran asno;
y no teneis que aguardarme
mas. *vase.*

D. LORENZO.

Oygan, quál se ha picado.

Mas es verdad, que el pimiento
escuece como los diablos.

D. SANCHO.

Hasta aqui juzgué, Lorenzo,
que poniendo mi conato,
en vencer vuestra rudeza,
se lográran los trabajos,
que en adquiriros los bienes
de mas de cien mil ducados,
de quien único heredero
sois, he sufrido y pasado.
Vuestra sangre es tan ilustre,
como vuestro juicio falto
de sentido natural;
achaque de los humanos
placeres: ¡que hayan de dar
las riquezas y los faustos
del rico en manos del necio,
para solo disiparlos!
Mas ya confieso, que en nada
acierto, sino en llorarlo.

D. LORENZO.

¿En nada acierta? Pues mire,
que habrá pimiento de palo
para usté, como le ha habido
para el otro, que era guapo.

D. SANCHO.

Pero no tiene remedio;
ahunque sean señalandoos

un curador, que os gobierne,
es fuerza, daros estado,
para dilatar mi prole.

D. LORENZO.

Pues deme usté al cirujano,
si me ha de dar curador,
porque el doctor es un asno.

ESPARABAN.

Para tí sobra el albeytar.

D. SANCHO.

Hijo, yo he determinado,
con Doña Leonor de Utrera
unirte, un bello milagro
de perfeccion y virtud.
Vesla aqui: este es su retrato.

Saca un retrato pequeño.

Esta es tu esposa.

D. LORENZO.

¿Esta es?

D. SANCHO.

Sí.

D. LORENZO.

No la quiero.

D. SANCHO.

¿Has hallado
alguna falta en su rostro?

D. LORENZO.

Y mucha. ¡He de estar casado
yo con mujer tan chiquita,

que ahun no tiene medio palmo?

D. SANCHO.

Esta es la pintura solo
del medio cuerpo.

D. LORENZO.

¡Oyga el diablo!
¿Pues dónde está el otro medio?

D. SANCHO.

Ese no se le pintaron.

D. LORENZO.

Pues digame usted, si es coxa,
ó tiene los pies con callos,
¿cómo se ha de averiguar?
No, mi padre: no me caso
con mujer, que está sin piernas;
que parirá hijos enanos.

D. SANCHO.

Tú irás, á verla conmigo
hoy.

D. LORENZO.

¿Pues está en otro cabo?

D. SANCHO.

Pues claro está, que esta es copia.

D. LORENZO.

¿Luego es dos?

D. SANCHO.

La ha duplicado
el pincél.

D. LORENZO.

Pues dos mujeres
se rebanarán á araños.

D. SANCHO.

Es, que las dos una sola
son.

D. LORENZO.

Será como el quarto,
que es uno grande el que es dos;
y siendo asi, me ha gustado;
porque la podré trocar,
en haciendome embarazo,
por dos mujeres sencillas.

ESPARABAN.

El que las haya, es el caso.

D. SANCHO.

Hablados ya los parientes,
solo falta:: ¿Mas llamaron? *Llaman.*

ESPARABAN.

Si, señor.

D. SANCHO.

Mira, quién es.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Decid al señor Don Sancho:::
Mas nada le digais; pues,
pueden hablarle mis brazos.

D. SANCHO.

Amigo, y señor Don Felix

de Toledo, ¿pues qué acaso
os trahe á Granada? ¿Cómo
tanta dicha y gozo tanto,
tan sin pensarlo, en mi casa?

D. LORENZO.

Tanta suerte, tal fracaso,
tal ventura, tal desdicha:::
Abrazadme, primo hermano.

D. FELIX.

Caballero, no os conozco;
y asi:::

D. LORENZO.

Que todos estamos
á esa fecha; pero es fuerza
quereros, y apretujaros
con mucho afecto; porque
me pareceis gran pedazo
de amigo nuestro.

D. SANCHO.

Es mi hijo,
Don Felix, Lorenzo; es sano
de natural, y se explica
sin cultura, y sin ornato,
pero con buen corazon.

D. FELIX.

Yo os beso, señor, las manos.

D. LORENZO.

Yo pescuezo y pies, haciendo
pepitoria el agasajo.

D. FELIX.

¡Extraño hombre!

D. SANCHO.

Pues, amigo,
¿qué es esto?

D. FELIX.

Esto es, confiaros
(pues en Granada no tengo
amigo de mayor garvo
silencio y fineza) un nuevo
pesar, un grave cuidado,
con que estoy.

D. SANCHO.

¿Caso de honor?

D. FELIX.

De amor fué; y ya se ha pasado,
á ser de honra: puesto que hay
mujer, á quien sirvo y amo,
hermano, que la persigue
por mi causa; y :::

D. SANCHO.

Vamos, vamos,
donde con menos testigos,
podamos hablar despacio.
Ven, Lorenzo.

D. LORENZO.

Oye usted ¿Viene,
á hallarse de convidado
á mi boda?

D. SANCHO.

¡Qué locura!

D. LORENZO.

Es, que hay estomagos grajos,
que huelen, donde hay carniza,
y se vienen al olfato
desde cien leguas.

D. SANCHO.

Vé, y ponte
el vestido mas bizarro;
que has de ir conmigo, á que veas,
como que á otra cosa entramos,
á tu esposa.

D. LORENZO.

Llevaré
aquel vestido de paño
azul con franjas moradas
y boton escarolado?

D. SANCHO.

Qualquiera.

D. FELIX.

Vamos, señor.

D. LORENZO.

Veré á mi novia de plano;
pero si no tiene piernas,
que se case con un zambo.

Vanse, y salen Doña Leonor, Doña Isabél, Doña Inés y Juana.

D. LEONOR.

Creedme, Dorotéa, [vea,
que si en qualquiera hallais, luego que os
el afecto que en mí, teneis buen hado;
porque al punto con vos he confrontado.

D. INES.

Gracias doy á mi estrella venturosa.

D. LEONOR.

¿Isabél, no es honesta? ¿No es hermosa?
¡Mira, qué aseada está! ¡Qué bien prendida!

D. ISABEL.

¿Juana, has visto mujer mas presumida?
¡Qué esto guste á Leonor! *ap.*

JUANA.

Lo nuevo aplace.

D. INES.

Vuestra vista, señora, es la que hace
con su perfeccion propia,
fingir en mi semblante vuestra copia.

D. LEONOR.

Discreta tambien es ¡Quanto he debido
á mi padre, en haberos admitido
en su casa á mi lado!
No es decible el contento que me ha dado
con vos.

D. INES.

Efectos son de sus piedades.

D. LEONOR.

Fuerza es, tengais mil habilidades.

D. ISABEL.

A risa me porvoca. *ap.*

JUANA.

¿Ya tu no sabes que mi prima es loca?

D. INES.

Alguna vez solia,
quando era menos mi melancolía,
cantar alguna cosa; mas ya ignoro,
quanto aprendí, pues gimo, siento y lloro.

D. ISABEL.

Pues, haz, que cante.

D. LEONOR.

Ahora lo que quiero,
es, que descanse; que eso es lo primero;
que luego habrá lugar, para escucharla.

D. ISABEL.

Lo que gustares.

D. LEONOR.

Tú has de acompañarla,
Juana, á mi quarto, y haz, que alli se ponga
una cama.

JUANA.

Con plaza de mondonga *ap.*
entra esta señorita.

D. INES.

Dame los pies.

D. LEONOR.

A Dios.

JUANA.

Si es que hay visita,
trata, de no llamarme;
que no puedo en dos cosas emplearme;
y es lo primero:::

D. LEONOR.

¿Qué?

JUANA.

Que servir sea
á mi señora Doña Dorotéa. *vase.*

D. ISABEL.

De verte tan divertida
con tu huespeda me alegro;
pues de Don Henrique:::

D. LEONOR.

¡Ah prima!
¿Irás á decir, que puedo
olbidarle? ¿Cómo es facil,
si despues de amor hay zelos?
Y en igual de:::

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Leonor mia?
¿Isabél? Entraos dentro,
á poneros muy bizarras.
¿Juana?

Sale Juana.

JUANA.

Señor.

D. PEDRO.

Anda presto,
viste á tus amas: preven
dulces, bebidas::: ¿ Qué es esto?
¿En qué te paras?

JUANA.

Señor,
que trecientas amas tengo;
parezco Inclusa, y no sé,
á quál acuda primero.

D. LEONOR.

¿Pues, padre, qué novedad
es ésta?

D. ISABEL.

?Qué cumplimiento
es éste tan repentino?

D. PEDRO.

Sabe, que con Don Lorenzo
tu esposo saliò Don Sancho
su padre de casa. Entiendo,
segun su criado ha dicho,
que con no sé qué pretexto
vienen, por ver si consiguen
verte; y estando el concierto
de tu boda en el parage
que está, escrupulo no advierto,

en que los dexes entrar
á tu presencia ; pues creo,
que no vendrán tan curiosos,
como saldrán satisfechos.
Ahunque ésta es pasion en mí.
Mas soy tu padre , y te quiero.
Adornate por tu vida:
que á salirles al encuentro
voy. Don Lorenzo es buen mozo,
y en sus riquezas tendrémos
descanso. A Dios , hijas mias.
Llorando voy de contento. *vase.*

JUANA.

¡Ah vejete codicioso!

D. ISABEL.

¿Lloras , señora?

D. LEONOR.

Hacer debo
las exêquias á un cariño
tan en sus verdores muerto.

Salen Don Henrique y Martin.

D. HENRIQUE.

Por vér , bellisima ingrata,
si , aquel enojo primero
pasado , oír mis culpas,
mitiga tus iras , vuelvo.
¡Mas qué es esto!

MARTIN.

Ya nos lloran:

tenganos Dios en el cielo.

D. LEONOR.

Isabél, ponte á la puerta.

D. ISABEL.

¡Que esto vean mis sentimientos
y no me maten!

D. HENRIQUE.

¡Señora,
cómo:::!

D. LEONOR.

No estamos en tiempo,
de gastar muchas rozones;
satisfaceme, y sea presto;
pues si tardas::: ¡Ay de mí!

D. HENRIQUE.

¿Qué?

D. LEONOR.

No podré, lo que hoy puedo.
Dime, ¿qué mujer seguiste
en Madrid, y con qué intento?

D. HENRIQUE.

¡Ay infelice de mí!
¡Cómo á nedie he de hacer dueño *ap.*
de mi afrenta! ¡Oh vil hermana!

D. LEONOR.

¿No respondes?

D. HENRIQUE.

Solo tengo
que decirte, que es verdad,

que una mujer (yo no acierto
con la voz) seguí y busqué;
mas para tan otro efecto,
que amarla, que era á matarla.

D. LEONOR.

Sin duda que te dió zelos.

D. HENRIQUE.

Zelos fueron, pero de otra
especie.

D. LEONOR.

¡Ah ingrato! ¡Qué es esto!
¡Voy buscando las verdades,
y responden los misterios!
¿Quién era?

D. HENRIQUE.

No sé.

D. LEONOR.

¿Por qué
la buscabas?

D. HENRIQUE.

No sé.

D. LEONOR.

¿A efecto
de qué cuidado?

D. HENRIQUE.

No sé.

D. LEONOR.

¿Era ofensa, ó era empleo?

D. HENRIQUE.

No sé.

D. LEONOR.

Pues, si nada sabes,
¿quién lo ha de decir?

D. HENRIQUE.

El tiempo.

D. LEONOR.

Oráculo es perezoso;
y asi, antes que corra el velo
á ese enigma, lo que callas,
has de decir; porque luego,
llega tarde.

D. HENRIQUE.

¿Por qué?

D. LEONOR.

Porque
hoy me pierdes y te pierdo.

D. HENRIQUE.

Pues, Leonor, mi bien, mi gloria,
mi amor, mi hechizo, mi cielo,
creeme, sin que lo diga;
porque soy Etna tan nuevo
de pesares, de congojas,
que al revés del Mongibelo,
si él muere por reventar,
yo, por no exhâlar, reviento.
Jamás te ofendí.

D. LEONOR.

Es mentira.
No hay confianza en un pecho,
que de quien ama, no fia.

D. HENRIQUE.

Pues con tan cruél tormento
callo, y me dexo matar,
no puedo hablar; que no puedo.

D. LEONOR.

Pues yo puedo conocer,
que ha sido en tí fingimiento
tu amor, tu fé y tu lealtad,
con oírte, he satisfecho
mi duda. A Dios, Don Henrique.

D. HENRIQUE.

¡Qué desdicha!

D. LEONOR.

¡Qué despecho!

MARTIN.

A Dios, Juana.

JUANA.

¿Te despides?

MARTIN.

¿No vés, que lloran aquellos?
Recibe en ultimo culto
estos:::

JUANA.

¿Qué?

MARTIN.

Mocos espesos,
de quien es mi inclinacion
mental reverente lienzo.

JUANA.

¡Ay qué hasco de Lacayón!

D. ISABEL.

Mi tio viene subiendo
la escalera.

D. LEONOR.

Don Henrique,
idos.

JUANA.

No puede, sin verlo,
los que suben.

D. ISABEL.

Esta quadra
los esconda.

D. HENRIQUE.

¿En qué, mi dueño,
quedamos?

D. LEONOR.

En que, si atiendes,
verás:::

D. HENRIQUE.

¿Qué?

D. LEONOR.

Como me vengo,
y la ruina, que en los dos

ha causado tu silencio.

Escondense, y salen D. Pedro, D. Sancho, D. Lorenzo y Esparabán.

D. PEDRO.

Estas mi hija y mi sobrina
son, señor Don Sancho.

D. SANCHO.

Centro
de perfecciones direis.

D. LORENZO.

¿Adónde está el medio cuerpo
de mi novia?

ESPARABAN.

¿Estás en tí?

D. LORENZO.

¿Qué me gobiernas, camueso?

D. LEONOR.

Vengais muy en felíz hora,
señor Don Sancho.

D. ISABEL.

A tenernos
por muy vuestras.

D. SANCHO.

¡Quántas honras
á un solo instante le debo!

D. LORENZO.

¿Padre, llego yo?

D. SANCHO.

Sí, hijo;

pero muestrate muy cuerdo,
y muy fiel.

D. LORENZO.

¡Fiel! Pues envisto.
Señoras, si para veros,
siendo preciso, el miraros,
es lo propio, que lo mesmo,
alabado sea el
Santisimo Sacramento.

D. ISABEL.

¡Qué necedad!

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. SANCHO.

¿Barbaro, bruto, qué has hecho?

D. LORENZO.

Si dice usté, que me muestre
fiel, ¿cómo he de parecerlo,
sin decir el Alabado?
Ahora diré el Padre nuestro.

D. SANCHO.

No; que mejor es, que calles.

Al paño Don Henrique y Martin.

D. HENRIQUE.

¿Lo oyes, Martin?

MARTIN.

Yo no atiendo,
sino es á lo que me importa.
¿No vén, cómo le hace gestos

Juana al fantasmón?

ESPARABAN.

Responda.

JUANA.

Callandito ha de ser esto.

D. PEDRO.

Si esa dependencia os trahe
aqui, los papeles tengo,
de que podeis informaros.

D. SANCHO.

Venid: al despacho entremos. *vanse.*

D. LORENZO.

Ya que hemos quedado solos, *á D. Leon.*
¿novizuela, qué os parezco?
¿Soy cosa?

D. LEONOR.

¿Qué me quereis
decir?

D. LORENZO.

¿Qué es lo que tenemos?
Mas ya sé, que no sabreis,
que venimos, solo á veros
mi padre y yo, porque está
entre los dos el secreto;
y si otro no os lo dixere,
por mi seguro está el cuento.
Mas eso á parte, sabed,
que yo, hija mia, á lo menos
tengo piernas.

D. ISABEL.

¡Ay Leonor!
¡Qué necísimo es tu dueño!

D. LEONOR.

¿Y que las tengais, qué importa?

D. LORENZO.

Dios me entiende, y yo me entiendo.
¿Pensais, que ya no os he visto?
Pero estoy pasmado de ello;
porque apenas habrá un hora,
que os ví de unos ocho dedos
de altura, y habeis crecido
en tan poquisimo tiempo
mas de dos varas. ¿Dos varas?
bobas. Ah, veamos si miento.

D. LEONOR.

¿Qué haceis? *Vá á medirla.*

D. LORENZO.

Os quiero medir.

D. HENRIQUE.

Ya me falta el sufrimiento.

D. ISABEL.

Mirad:::

D. LEONOR.

Sois un ignorante,
un atrevido, un grosero,
un:::

D. LORENZO.

¡Ay, padre; que me riñe!

Vente, Esparaban. ¡Qué miedo!
Que me pega esta mujer. *vanse.*

Salen Don Henrique y Martin.

D. HERIQUE.

Martin, salgamos de presto.

D. ISABEL.

¿Dónde vas?

D. HENRIQUE.

A dar lugar,
á que se logre un empleo
tan felíz por esa ingrata.

D. LEONOR.

Tu lo quieres.

D. HENRIQUE.

¡Yo lo quiero!

D. LEONOR.

¿Quién lo duda?

D. HENRIQUE.

¿Cómo, aleve?

D. LEONOR.

Traydor, no satisfaciendo
mis dudas.

D. HENRIQUE.

¿Y una sospecha
no la castiga un desprecio?
¿Es forzoso un precipicio?

D. LEONOR.

Con eso estarás mas cierto,
de que me casa la ira,

no el amor.

Sale Don Felix, y se esconden los dos.

D. FELIX *dentro.*

¿Un caballero,
que es Don Sancho de Maqueda:::?

D. ISABEL.

Que viene gente, escondeos.

D. FELIX.

¿Está aqui?

JUANA.

Aqui está.

D. FELIX.

Decidle,
que le espera aqui un sujeto.

JUANA.

Está bien.

D. LEONOR.

Echa la llave
á esa puerta: no otro extremo
salir haga á Don Henrique.

Vase, cerrando la puerta, donde están los dos.

JUANA.

Ya está segurito y bueno.

Sale Inés.

D. INES.

Señora, en el tocador
te dexastes este lienzo.

D. LEONOR.

Damele, y díle á aquel hombre,

Dorotéa, que este puesto
no es, para esperar á nadie:
que salga al recibimiento,
ó que espére en la escalera.

D. INES.

Hados, ya á servir empiezo. *ap.*
¿Caballero:::? ¡Mas qué miro!

D. FELIX.

¿Señora:::? ¡Pero qué veo!

D. INES.

¡Es ilusion!

D. FELIX.

¡Es fantasma!

D. INES.

¿Felix?

D. FELIX.

¿Inés?

D. INES.

No podemos
hablar. Leonor, mi señora:::

D. FELIX.

,,¡Mi señora! " ¿Pues qué es esto?
¡Quien lo es de de mi corazon,
llama á otra señora!

D. INES.

El cielo
lo quiere asi: que espereis
abaxo, me ordena.

D. FELIX.

Harélo
con gran gusto; pues no pudo
lograr mi amante deseo
diligencia mas felíz,
que saber, donde es el centro
de la que me trahe.

D. INES.

A Dios;
que detenerme no puedo.

D. LEONOR.

¿Qué te decia ese hombre?

D. INES.

Cortesanías.

D. LEONOR.

Y advierto
tu rostro alegre.

D. INES.

Me has dado,
señora, un grande contento
con eso, que me mandaste.

D. LEONOR.

¿Cómo?

Dá golpes Don Henrique, y luego abren.

D. INES.

Como considero,
que ya empiezo, á ser tu esclava. *vase.*

D. LEONOR.

Vete. ¿Qué golpes son estos?

D. ISABEL.

Loco está, Leonor, Henrique.

D. LEONOR.

Abre; que él quiere perdernos.

Sale Don Henrique.

D. HENRIQUE.

Vive Dios, que he de mirar
toda la casa.

D. LEONOR.

¿Qué exceso
es este?

D. HENRIQUE.

¡Ay de mí, infelíz!
Es una rabia, un despecho,
un basilisco, un volcan,
una furia, un mongibelo.

D. LEONOR.

¿Pues qué has visto?

D. HENRIQUE.

Una fantasma,
una sombra, un devanéo
de quien causa mis desdichas:
que aunque de la llave el hueco
me la ofreció mal distinta,
basta juzgar:::

D. LEONOR.

Tu te has vuelto
el juicio.

MARTIN.

Está endemoniado.

D. LEONOR.

Tenle tú, mientras yo veo,
si salen: ¿Ah Dorotéa?

D. INES.

Señora.

D. LEONOR.

Pasa corriendo;
cierra la puerta á esa sala.

Ve á Don Henrique, y se asusta.

D. INES.

¡Ay señora; que no puedo!

D. LEONOR.

¿Por qué?

D. INES.

Porque ese hombre, (¡ay triste!)
que está ahí, es de quien huyendo
vivo, y quien de mí zeloso,
(decóro disimulemos) *ap.*
me sigue, para matarme;
y no hay duda, que á ese efecto
me busca en tu casa.

D. LEONOR.

¿Pues
le debes algo?

D. INES.

Le tengo,
y me tiene obligaciones

tales::: Pero yo no acierto
de temor, á hablar. A Dios;
que ahun en mi sombra tropiezo. *vase.*

D. LEONOR.

¡Valgame Dios! Ya está todo
este enigma descubierto.
Esta es la dama, no hay duda,
de este traydor. ¿A qué espero?

D. SANCHO *dentro.*

Ya oí:::

D. LEONOR.

Advertid que salen.

D. HENRIQUE.

¡Oh pese á mí!

MARTIN.

Parecemos
lanzaderas.

Vuelven á esconderse, y salen Don Sancho, D. Pedro, D. Lorenzo, y Esparabán.

D. SANCHO.

Que me están
esperando.

D. PEDRO.

No os deseo,
hacer mala obra.

D. LORENZO.

¡Ay, padre;
que de solo verla, tiemblo!
¿Y si me caso, y me azota?

ESPARABAN.

No es el marido primero,
á quien le sucede.

D. PEDRO.

Hija,
ya se van: dame un consuelo.
¿Qué te há parecido?

D. LEONOR.

Padre,
obedecerte resuelvo.

D. PEDRO.

No esperaba yo otra cosa
de tí.

D. ISABEL.

Albricias, pensamiento.

D. SANCHO.

Señoras, á Dios.

D. LEONOR.

Señor,
vuestra soy.

D. ISABEL.

Guardeos el cielo.

D. LORENZO.

Oye ella, dexese estar;
que en casandonos, veremos,
quien puede mas á moquetes.

D. ISABEL.

¡Qué cortesano!

JUANA.

¡Qué atento!

ESPARABAN.

Agur.

D. SANCHO.

Todos somos unos;
no hay que andar en cumplimientos. *vans.*

Abre Leonor á Don Henrique y Martin.

D. LEONOR.

Ea, señor Don Henrique,
id con Dios; que yo ya quedo
de todo enterada.

D. HENRIQUE.

¿Cómo?

D. LEONOR.

Como sé, quien es objeto
de vuestro amor.

D. HENRIQUE.

Oye, espera.

D. LEONOR.

Sí haré, por deciros esto:
quedaos á Dios para siempre. *vase.*

D. HENRIQUE.

Ah mal haya mi tremendo
destino!

D. ISABEL.

A Dios, Don Henrique;
mas para siempre atenderos,
y estimaros. *vase.*

D. HENRIQUE.

¡Ay de mí!
¿De qué me sirve:::?

MARTIN.

¿Qué hacemos?
Vamos.

D. HENRIQUE.

¿Si, Leonor perdida,
todo de una vez lo pierdo?
Pero hasta inquirir, si fué
sombra, vanidad ó sueño
lo que vi, honor, y amor, dadme
paciencia, ó matadme presto.



JORNADA SEGUNDA.



Salen Don Sancho, Don Lorenzo y Esparabán.

D. SANCHO.

¡QUánto me alegro, hijo mio,
de oirte hablar de esa suerte!

D. LORENZO.

Padre, yo la quiero mucho.
Bien sé, que soy un zoquete,
y en la lengua que la hablo,
la pudro, pero me entiende.

ESPARABAN.

A qualquiera, que te trata,
eso mismo le sucede.

D. LORENZO.

Ella, en quanto á la comida,
me hinche hasta tente bonete:
me dexa dormir diez horas;
y ahunque ella dice, que suele
guardarme el sueño, no sé,
en qué escritorio le mete,
que yo, sin quererle hurtar,

le pillo ahun el que ella tiene
para sí, y ambos los ronco,
mientras ella sutilmente
en el monte de la caspa
me anda buscando las liendres.

D. SANCHO.

Es honesta, es virtuosa,
y es mas de lo que mereces.
Lorenzo, el saber servirla,
es lo que mas te conviene:
y puesto que en una casa
vivimos, como parientes,
amantes, y bien unidos,
solo falta::: Pero vete
allá fuera, Esparabán.

ESPARABAN.

Voyme á vér, si hablar pudiese
con Juanilla, de quien tengo
el cariño medio en cierne. *vase.*

D. SANCHO.

Dime, Lorenzo, ¿qué fue
lo de á noche?

D. LORENZO.

Que al quererme
entrar en casa, encontré
con espadas y broqueles
dos fantasmas á la puerta.

D. SANCHO.

¿Y de eso, qué juicio puedes

hacer?

D. LORENZO.

Padre, usté está chocho:
¿Qué juicio quereis que hiciese,
que no fuese hacer locura,
mas, qué juicio?

D. SANCHO.

Eres prudente.
Mujeres mozas en casa
hay, y dos mil accidentes,
sin eso, tener pudieron
á nuestra puerta esa gente.
No juzgues:::

D. LORENZO.

¿Qué he de juzgar?

D. SANCHO.

Es, que es bien, que se recele,
quien tiene mujer y honor.

D. LORENZO.

Digole á uste, que uste tiene
mas malicias, padre mio,
que los niños inocentes.
¡Jesus! Uste me abre ahora
los ojos á que yo piense
desatinos. ¿Con que uste
lo que es casual, lo hace adrede?
Diga, viejo de mi vida:
¿las mujeres propias pueden
querer á otro, que á su esposo?

D. SANCHO.

No; porque su punto pierden,
y el respeto á Dios.

D. LORENZO.

No es nada.
¿Y si uste un hijo tubiese,
le trocára por el hijo
del vecino, que está enfrente?

D. SANCHO.

Tampoco.

D. LORENZO.

Pues si me dice
mi paloma cien mil veces,
que soy su hijo, y su honor
aventura, si me pierde;
¿cómo es facil, que hijo y honra
por otras cosas las trueque?
Ande, señor; que aunque tonto,
no soy tan impertinente
como uste.

D. SANCHO.

Tienes razon:
pidote, que te conserves
en esa opinion. A Dios.

D. LORENZO.

A Dios; pero allá se lleve
este consejo.

D. SANCHO.

¿Quál es?

D. LORENZO.

No despertar, á quien duerme.

D. SANCHO.

Discreto te vas haciendo,
mas no tanto, que no llegues
á ignorar, que otro dilema
está lidiando con ese;
pues el que es interesado
en lo que le toca, debe
enseñar, al que no sabe. *vase.*

D. LORENZO.

¡Hay demonio de vejete!
¡Que por ultima el ser suegro,
le ha de convertir en sierpe!
Yo apuesto, que mas de quatro
pasan inocentemente
por cosas, que no son cosas,
hasta que hay, quien las aceche,
y aquellos las dan lo malo,
que ellas por sí no se tienen;
que yo, por Leonor:::

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Me alegro,
que de mi nombre te acuerdes.

D. LORENZO.

¿Quándo me olbido yo dél?

D. LEONOR.

Ya yo sé, lo que te debe

mi amor.

D. LORENZO.

El se lo sabrá;
que yo no sé, quánto fuese,
lo que hasta ahora le he prestado,
qué es, lo que podrá deberme.
Pero en conclusion, bobilla,
dime una verdad, si quieres.

D. LEONOR.

Sí haré.

D. LORENZO.

¿Tu prima Isabél,
Dorotéa ó Juana tienen
algunos atisbadores?

D. LEONOR.

¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!
Toda es gente honrada en casa.

D. LORENZO.

Y mi capa no no parece.
¿No es eso?

D. LEONOR.

¿Por qué lo dices?

D. LORENZO.

Hija, ya yo empiezo, á hacerme
malicioso.

D. LEONOR.

No hagas tal;
que eso es ser necio dos veces.

D. LORENZO.

Si mi padre me lo enseña,
y ello tan facil se aprende,
¿qué he de hacer? En fin, dos hombres
ví á noche de perendengues
de los postes de la puerta.

D. LEONOR.

Estarian por accidente,
aguardando á alguien.

D. LORENZO.

El alguien
es el diablo, que los lleve.
Tú, pues no habrás menester,
que á maliciosa te enseñen,
procura saber, si hay algo,
que toque á nuestras paredes,
y verás, cómo las pongo
á todas con un rebenque.

D. LEONOR.

Sí haré; yo te informaré,
si algo descubrir pudiere.

D. LORENZO.

En esto quedamos, hija;
y yo me voy á traherte
una::: ¡valgame Dios! una:::

D. LEONOR.

¿Qué es?

D. LORENZO.

Una::: Dios me lo acuerde:

Marta con sus pollos, Marta.

D. LEONOR.

Estufilla será.

D. LORENZO.

Tienes
razon: asi la llamaron,
una escudilla de pieles.
Verás, qué hermosa. Ya vuelvo. *vase.*

D. LEONOR.

Dexame, no me atormentes,
pensamiento. ¿Qué te importa,
que Henrique rondando vele
la beldad de Dorotéa,
si ya tú no has de tenerle
mas que por un enemigo,
tan conforme con tu suerte,
como disgustada; puesto,
que aunque necio, aunque imprudente
tu esposo es al fin tu esposo;
y esto baste, á que ni ahun quede
memoria en tí, de que pudo
haber, quien te mereciese
inclinacion; que los zelos
en odio y rencor convierten,
quanto:::

Sale Doña Inés.

D. INES.

¿Señora, tan sola?

Sale Doña Isabél.

D. ISABEL.

Prima, no hay quien logre verte.

D. LEONOR.

Quien está con sus pesares,
acompañada está siempre;
y pluguiese á Dios, no fueran,
los que otras darla pretenden.

D. ISABEL.

¿Pues quién, Leonor:::?

D. INES.

¿Quién, señora:::?

D. ISABEL.

Es causa, de que te quexes?

D. INES.

¿Puede darte á tí disgustos?

D. LEONOR.

Quien atrevida y aleve,
tiene galan, que la ronde,
y amante, que la festeje;
para que, al entrar en casa
mi esposo, sombras encuentre,
que le impidan, y ahun le avisen.

D. ISABEL.

Yo::: quando::: si:::

D. LEONOR.

¿Tú enmudeces?

D. INES.

¡Ay infelice!

D. LEONOR.

¿Tú lloras?
No sé, en quál de ambas sospeche,
viendo nacer de una causa
extremos tan diferentes!

D. ISABEL.

No es mucho, (¡ ay de mí) turbarme: *ap.*
bien que hay pasion, que me fuerce
al engaño, con que logro
contrastar las esquiveces
de Henrique, pues le persuado
con recados y billetes
mios, á que todavía
del todo no le aborrece
Leonor, por tenerle asi
suspenso, mientras hacerle
mio consigo.

D. LEONOR.

¿ No hablas?

D. ISABEL.

¿Por quién he de responderte?
Por mi parte ya tú sabes,
que jamás hubo, quien ferie
sus desvelos, á quien no es
beldad tan sobresaliente
como tú. Quien ha logrado,
que todos á amarla lleguen,
eres tú. Si ahun todavía
hay, quien á intentar se arriesgue

temerarios imposibles,
tú lo sabrás; y tú puedes,
á tí misma preguntarte,
y á tí propia respónderte. *vase.*

D. LEONOR.

Viven los cielos, villana:::

D. INES.

No, señora: no te empeñes,
en culpar á quien, es fuerza,
que esté de todo inocente.

D. LEONOR.

¡Inocente! ¿Cómo?

D. INES.

Como
todo lo que sucediere
de desdichas, de pesares, *llora.*
de sustos, de inconvenientes
en tu casa, estando en ella
yo, por mí sola acontecen.

D. LEONOR.

Pues fiate, Dorotéa,
de mí, si amante tubieres,
que te merezca. ¡Qué enfado!
¿Mas de qué puedo tenerle?
¿Qué se me dá á mí? Para eso
remedio hay: no te avergüences.

D. INES.

Sí, señora: amante tengo,
que me sirve, y me pretende.

D. LEONOR.

¡Ah injusto Henrique, qué bien *ap.*
hice, en no satisfacerme!

D. INES.

Pero no es ese mi mal.

D. LEONOR.

¿Pues quál es?

D. INES.

Tener presente
un hermano con honor,
que intenta darme la muerte,
y buscarme á ese fin.

D. LEONOR.

Cosas
extraordinarias refieres.

D. INES.

Señora, pues fuera ingrata,
á lo que el alma te debe,
si mis desdichas no hiciera
á tu clemencia patentes,
no es tiempo ya, de callar.

D. LEONOR.

Dí; que en todo he de atenderte.

D. INES.

¿Conoces á Don Henrique
de Guevara?

D. LEONOR.

Sí.

D. INES.

Pues ese:::

D. LEONOR.

¿Es tu amante?

D. INES.

No, señora:
el que me sirve es Don Felix
de Toledo: Don Henrique
es mi hermano.

D. LEONOR.

Espera, tente.
¡Don Henrique de Guevara
es tu hermano!

D. INES.

A Dios pluguiese,
no fuera asi, Leonor bella.
La que ahun tus pies no merece,
es Doña Inés de Guevara,
á quien sus hados crueles
pusieron:::

D. LEONOR.

¡Ay desengaño, *ap.*
á qué mal tiempo que vienes!
Y pues ya no hay en mi pecho
lugar, bien puedes volverte.

D. INES.

En el estado que ves.

D. LEONOR.

No es mucho, que enmudeciese, *ap.*

por no declarar su injuria.
Yo me arrojé facilmente:
hice mal; pero hice bien;
que ahun no es licito, el ponerme
á disputar, lo que ha sido,
siendo lo que es.

D. INES.

¿Te diviertes,
por no oirme?

D. LEONOR.

No, Inés mia.
Una fantasma aparente,
que acudió á mi pensamiento,
ya el ayre la desvanece,
y yo haré, porque no vuelva.
Dime, quanto tu quisieres.

D. INES.

Diré, que en Madrid estaba,
y Henrique en Milán: que, ausente
mi hermano, á Don Felix ví;
que sin saber, que viniese
de la campaña, una noche
entró Don Felix á verme
desde un patio hasta un balcon,
donde le escuché otras veces.
Que entró mi hermano embozado:
que al oirnos, acomete
á Don Felix: que le sigue,
sin lograr reconocerle:

que yo asustada, y sin tino,
informada, de que fuese
mi hermano por sus criados,
salí á la calle, y entréme
en casa de Fabio, que es
antiguo correspondiente
de tu padre, y quien me envia
á que su piedad me albergue.
Esta es mi historia contada,
Leonor, tan sucintamente;
porque mientras menos tiempo
dure, menos me avergüence
á vista de quien, es fuerza,
que mal una accion le suene
tan:::

D. LEONOR.

No pases adelante.
¿Pues soy yo de las mugeres,
á quien espantan del mundo
los extraños accidentes?
Antes me dá tu tragedia
medio, de que me consuele.

D. INES.

¿Cómo?

D. LEONOR.

Yo lo sé. Bien digo, *ap.*
pues ya que pagar no puede
en amor mi honor á Henrique,
para que se desempeñe

el afecto que le tube,
es bien, que en honra le premie.
Yo, Inés, tengo de saber,
quién es aquese Don Felix;
te he de ayudar en tu amor;
he de hablarle, y he de hacerle,
que casandose contigo,
todo el caso se remedie.

D. INES.

El está en Granada, y si
tú, señora, le escribiese,
que venga á verte, no hay duda,
que consiga convencerle
tu divino entendimiento,
á que en bonanzas se truequen
las tormentas de mi vida.

D. LEONOR.

Mira: no sé yo, qué hacerme.
Yo le escribiera á ese amante,
que á hablar conmigo viniese:::

Vá saliendo, y oyendola Don Pedro, y se detiene al paño.

D. PEDRO.

„¡Yo le escribiera á ese amante,
„que á hablar conmigo viniese!"

D. LEONOR.

Pero entre tantos testigos,
y tantos inconvenientes,

como hay en casa.::

D. PEDRO.

¡Qué escucho!

D. LEONOR.

No he de poder resolverme;
que tengo honor.

D. PEDRO.

Hija vil,
si tal haces, no lo tienes.

D. LEONOR.

Y::: Mas á mi padre he visto.
Disimulemos.

D. PEDRO.

¡Oh aleve!
No piensa bien, quien hacer
publicos sus juicios teme.
¡Es posible, que esto escucho!
¡En Leonor pudo otra especie
quedar, despues de casada,
mas del amor que le debe
á su esposo! ¿Mas qué extraño,
quando fui tan imprudente,
que casi contra su gusto,
por civiles intereses
la entregué?

D. LEONOR.

¡Qué enajenado
vá!

D. INES.

Algun cuidado vehemente
le lleva tan discursivo,
que, sin que nos advirtiese,
pasa á tu quarto.

D. PEDRO.

¡Ay recelo,
quánto me dás, en que piense!
Y pues el hablar, y darme
por entendido del fuerte
dolor, que me oprime, ni es
posible, ni conveniente,
disimulemos y demos
tiempo al tiempo. Abre el retrete
de mi despacho, Juanilla. *vase.*

D. LEONOR.

Sin duda las cartas deben
del correo haber trahido
algun cuidado, y aprende
con tal vehemencia mi padre,
que, quando algo que hacer tiene,
no está en sí.

D. INES.

¿Pues, Leonor bella,
qué me dices? ¿Qué resuelves?

D. LEONOR.

Que escribas tú.

D. INES.

Ay, Leonor mía:

oxalá que yo tubiese
esa habilidad.

D. LEONOR.

¡No sabes
escribir!

D. INES.

Tube parientes
de aquella errada opinion,
de que enseñar las mujeres
á escribir, es arriesgado.

D. LEONOR.

Necio dictamen es ese.
¿Pues es mejor, que se fien
de otro, en lo que se ofreciere
de amor y honor, sin que puedan
celar los inconvenientes?
Nota tú, escribiré yo;
y, que esta es fineza, advierte,
que solo por tí la hiciera,
y que solo me la debe
la compasion hácia Henrique.

D. INES.

El Cielo tu piedad premie.

D. LEONOR.

Dí.

D. INES.

¿Pues ha de ir de mi parte?

D. LEONOR.

Claro está.

D. INES.

Señor Don Felix,
porque vuestra pasion vea,
quanto mi afecto merece:::

D. LEONOR.

Merece:::

D. INES.

Hoy nos da ocasion,
de poder vernos, la suerte.

D. INES.

Y asi:::

D. PEDRO *dentro.*

¿Dorotea?

D. INES.

¿Señor?
Voy á ver, lo que me quiere
tu padre, y vuelvo. *vase.*

Al paño Don Lorenzo con la estufilla haciendo cocos.

D. LORENZO.

Excelente
escudilla de pellejo
la traygo; pero no huele,
ahunque me dixeron, que era
cebollina.

D. LEONOR.

Como lleven
el billete con cuidado,

no conociendo Don Felix
mi letra:::

D. LORENZO.

Tengo de entrar,
haciendo con ella un dengue.
Coco.

D. LEONOR.

¿Qué importa, que la haga
este gusto?

D. LORENZO.

No me entiende.
Coco.

D. PEDRO *dentro.*

¿Leonor?

D. LEONOR.

¡Ay de mí!
No es bien, que el papel me dexe.
¿A dónde está?

Sale Don Lorenzo.

D. LORENZO.

¿La escudilla¿
Bien cerca de tí la tienes.
Adivina, adivinajo.

D. LEONOR.

Aparta.

D. LORENZO.

¿Qué buscas?

D. LEONOR.

¡Puede
haber desgracia mayor!

D. LORENZO.

¡Que andás tentando papeles!

D. LEONOR.

Son unas coplas de un tono,
que ahora acaban de traherme.

D. LORENZO.

¿Son unas de Baldovinos,
que las mas noches me lee
Esparaban, para estar
compungido, quando reze?
Yo las tengo.

Sale Doña Inés.

D. INES.

Mi señor
te está aguardando impaciente.

D. LEONOR.

Oyes, pues aquel papel
se queda en ese bufete,
coje quantos hay en él,
y rasgalos; no le lleguen
á leer. *vase.*

D. LORENZO.

Leonor, Leonor,
toma, que te traygo::: Fuese.
Pues maldita sea mi alma,
si la escudilla la diere.

D. INES.

A bien que entre estos está.

D. LORENZO.

Oyes, ¿qué coraje es ese?
¿Qué hacen los papeles, para
que asi con ellos te emperres?

D. INES.

¿Y qué importa, que los rasgue?

D. LORENZO.

Pues diga, ¿tan facilmente
se ganan tres quartos para
un quadernillo?

D. INES.

Yo:::

D. LORENZO.

Pese
al alma que la crió.
Asi la procesion crece
de la cuenta, y no hay rosario,
que alcance con quince dieces.

D. INES.

Perdonad. *vase.*

D. LORENZO.

¡Qué la perdone,
para que yo me condene!
Bien se ve, que no ha tomado
la cuenta del gasto un viernes.
Valgate el diablo las coplas,
en que cuidado las mete,

que, ahun trayendole á Leonor
un regalo tan solemne,
no hace caso. ¿Si estarán
por aqui? Pero pardieces,
que di con ellas. Caidas
estaban adredemente
detras de la mesa; á bien,
que á deletrear pocos pueden
apostarme. Irelas yo
mascando despacio. Efe,
y, efe, y, fi, de, ó, ese, dos,
fideos. Gran tono es este,
como azucar y canela
por estribillo se le eche.
Pe, ó, ere, por, que, e, re, i, ria,
porqueria. El tono miente.
¿Fideos son porqueria,
y mas cocidos con leche?
Se engaña, quien tal presume.
¡Valgame Dios, lo que puede
un buen discurso! Ya he dado
en lo que es, ó que me tuesten.
Como estas son tan golosas,
este es algun ingrediente
de golosina, que á solas
hacer á mi costa emprenden,
y no darmele á probar;
pues al primero, que encuentre
he de hacer, que me le lea.

¿Merenditas (¡ah insolentes!)
sin mí? Pues aquesta tarde,
yo solo, porque me vengue,
sin darlas una migaja,
me he de atestar de pasteles. *vase.*

Salen D. Henrique, D. Felix y Martin.

D. FELIX.

¿Siempre aquí os he de hallar?

D. HENRIQUE.

Donde os consigue traher,
segun decis, un placer,
me conduce á mí un pesar.

D. FELIX.

Ya que haberos conocido
la casualidad lo ha dado
de sí, pues vuestro cuidado
á mi intento parecido,
á una calle con un fin
(cautela, disimulemos) *ap.*
venimos, ahunque nos vemos,
yo con venturas, y sin
dichas vos, y tan distantes
en los objetos amados,
basta, ser nuestros cuidados
en lo demás semejantes,
para ayudaros en todo.
No tengais de mí embarazo.

MARTIN.

El hombre es fiero pelmazo.

D. HENRIQUE.

Son mis pesares de modo,
señor Don Juan, que ahun quisiera,
que el pecho los ignorára,
porque una empresa tan rara,
en un hombre no se viera
estrenar, como querer
ver, lo que le ha de matar,
y á otro semblante buscar,
lo que es fuerza, aborrecer.
Tan ciega complicacion
á nadie ha de ser fiada.

D. FELIX.

Decis bien. ¡O qué engañada *ap.*
vive su imaginacion!
Pues viendo, que Don Henrique
no me conoce, intenté
la introduccion, que logré,
para que, á quanto se aplique
contra Doña Inés su ardor
vengativo, le embarace
mi advertencia, pues no hace
compañia en un amor,
quien en él no puede hablar.
Quedad con Dios, y sabed,
que haciendome vos merced,
tengo de solicitar
ocasion, si es que los dias
lo vencen todo y el cielo:::

D. HENRIQUE.

¿De qué?

D. FELIX.

De que hallen consuelo
vuestras ansias y las mias.

D. HENRIQUE.

¿Pues, si distantes los dos
caminamos, cómo puede
ser eso?

D. FELIX.

A un tiempo sucede
otro tiempo. A Dios. *vase.*

D. HENRIQUE.

A Dios.
¡Ay, Martin, quién me dixera,
que yo esta calle pisára,
y que Leonor se casára,
y yo su casa no huyera!
En fin (¡ay dolor profundo!)
¡que donde me traxo amor,
me trayga pesar y honor!

MARTIN.

Potages son de este mundo.

D. HENRIQUE.

Si lo que vi, fue verdad!

MARTIN.

¡Yo, que fue mentira, infiero.

D. HENRIQUE.

¿Por qué?

MARTIN.

Tan corto agujero
no tiene capacidad,
para poder distinguir.

D. HENRIQUE.

Bien dices: de mi dolor
la sombra avultó mi error.

MARTIN.

Pues no nos dexa dormir,
ni comer, no hay que dudar,
que es espantajo.

D. HENRIQUE.

¡ Es posible,
que un necio tan insufrible
pueda Leonor tolerar!
Si bien, que me da Isabél
esperanza, de vencella;
señal, de que ahun dura en ella
aquel, (¡ ay cielos!) aquel
aprecio, que la debí.
Mas soy tan amante yo,
que siendo contra ella, no
quiero alivios para mí.
Consolado viviré,
con que en su indisposicion
merezca en su corazon
algun lugar.

Sale Don Lorenzo.

D. LORENZO.

Ya le hallé.
Con este quiero pegar,
que en lo malcarado y tieso
tiene cara de proceso.

D. HENRIQUE.

No me dexa sosegar
mi pena.

D. LORENZO.

Chi, chi. ¿Ah, señor?

MARTIN.

No te mates.

D. HENRIQUE.

Estoy ciego.

D. LORENZO.

¿Mas que he dado con un lego,
yendo á buscar un lector,
Chi.

D. HENRIQUE.

¡Qué estrella tan fatal!

D. LORENZO.

Chi, y treinta veces chi.

D. HENRIQUE.

¿Es á mí?

D. LORENZO.

No, sino á mí.
¡Viose mayor animal!
¿Sabeis leer?

MARTIN.

Este es el.

D. HENRIQUE.

Yo sé leer bastantemente.

D. LORENZO.

Pues si leeis facilmente,
leedme en este cartel.
Ahí vereis, como le va
á mi hacienda, ahunque es donosa,
con una mujer golosa.

D. HENRIQUE.

Dadme.

D. LORENZO.

No: acercaos acá.

D. HENRIQUE.

¡Cielos, qué miro!

D. LORENZO.

Fatales
gestos.

D. HENRIQUE.

Letra es de Leonor.

D. LORENZO.

¿Mas que quiere coliflor,
y está la libra á dos reales?

D. HENRIQUE *lee.*

Señor Don Felix, porque *ap.*
vuestra pasion vea, quanto
debe á mi afecto:::(¡Qué espanto!)

D. LORENZO.

Vive Christo, que acerté.

D. HENRIQUE *lee.*

Hoy nos da ocasion la suerte,
de poder vernos.

D. LORENZO.

¡Cochinos!
Ahun si quisiera pepinos.

D. HENRIQUE.

Penas, ya he visto mi muerte. *ap.*

D. LORENZO.

¿No dices, lo que propone
esta receta?

D. HENRIQUE.

¡Ah, cruel,
á tu amor y honor infiel!

D. LORENZO.

¡Oygan la cara, que pone!

D. HENRIQUE.

¿Sabeis vos, Señor, acaso,
lo que este papel declara?

D. LORENZO.

A saber leer, no os buscára
yo á vos.

D. HENRIQUE.

¿Qué haré? ¡Fuerte caso! *ap.*
Si se le dexo, otro puede
declerarselé, y la vida
de Leonor miro perdida.

D. LORENZO.

¡Qué es esto, que me sucede!

D. HENRIQUE.

Si se le intento quitar, *ap.*
es darle, que presumir.

D. LORENZO.

Leonor me quiere engullir
mi hacienda á medio mascar.

Sale Juana tapada.

D. HENRIQUE.

¡Qué haré!

JUANA.

Señor Don Henrique,
una palabra.

D. HENRIQUE.

Ya voy.

JUANA.

Aqui esperandoos estoy.

D. HENRIQUE.

Ya es fuerza, que no publique *ap.*
este accidente.

D. LORENZO.

Yo quedo
hecho un tonto.

D. HENRIQUE.

Hoy buscaré
á este infiel; hoy perderé
(pues que zeloso no puedo
disimular mi importuno

dolor) quanto reprimi.
Cielos, no me quiera á mí,
pero no estime á ninguno. *vase.*

D. LORENZO.

La mujer se lo llevó.
¿Oís, sois vos su criado?

MARTIN.

Un poco.

D. LORENZO.

¿Pues qué habrá hallado,
que tanto se sofocó,
en este papel maldito
vuestro amo?

MARTIN.

Zumbarle quiero. *ap.*
¿Que quereis, siendo tan fiero
bódrio, el que en él esta escrito?

D. LORENZO.

¿Pues qué pide en los asuntos
de estos renglones malvados?

MARTIN.

Pide monfuntos asados.

D. LORENZO.

Monfuntos! ¿Qué son monfuntos?

MARTIN.

Fruta, que para que cueste,
viene desde Tetúan,
y la come el Preste Juan.

D. LORENZO.

¿Y habrá algun Juan, que la preste?

MARTIN.

¡Qué es prestar! Medio siquiera
seis doblones no pagáran.

D. LORENZO.

Pues dos monfuntos dexáran
difunta la faldriquera.

MARTIN.

De esto, yo os doy testimonio;
lo demás no es mi disputa. *vase.*

D. LORENZO.

Valgate el diablo la fruta
del Preste Juan ó el demonio.
¡Monfuntos! ¡Raro misterio!
Mujer, que quiere por puntos
merendarse unos difuntos,
se almorzará un cementerio.
Mas no lo quiero creer.
Estos me quieren zumbar;
y éste lo ha de declarar,
si acaso sabe leer.

Sale Don Eelix.

D. FELIX.

De continua centinela
de Don Henrique:::

D. LORENZO.

Allá voy.

D. FELIX.

Siempre en esta calle estoy.

D. LORENZO.

Si uste lee, que se las pela,
lea este papel por Christo.

D. FELIX *leyendo.*

¡Cielos, yo soy venturoso! *ap.*

D. LORENZO.

Este no está tan furioso.

D. FELIX.

¡Quien igual traza habrá visto! *ap.*
Sin duda pretende Inés,
avisarme de este modo,
de qué:::

D. LORENZO.

¿Le leyó uste todo?

D. FELIX.

Puedo ir, á verla despues.

D. LORENZO.

¿Es algo eso, de pedir?

D. FELIX.

No es sino, amigo, de dar
gracias de un bien singular.

D. LORENZO.

Esto es cosa, de aturdir.

D. FELIX.

¡Hacer, que él mismo me dé *ap.*
el aviso! ¡Hay tal primor!

D. LORENZO.

¿Qué dice el papel, señor?

D. FELIX.

Eso es, lo que yo no sé.

D. LORENZO.

¿Pues cómo?

D. FELIX.

Iré tras de mi *ap.*
ventura al gozo anhelado. *vase.*

D. LORENZO.

Este sin duda ha encontrado
el monfunto para sí.
Pero, maldito sea él;
ya que el papel ha leido,
¿por qué este hombre no ha querido,
decir, qué dice el papel?

Sale Esparaban.

ESPARABAN.

¿Señor?

D. LORENZO.

Hijo Esparaban,
sacame de una quimera.
¿Sabes deletrear siquiera?

ESPARABAN.

Tres años fui sacristan;
mira, si sabré.

D. LORENZO.

Pues dí,
¿qué dice aqui?

ESPARABAN.

Esto es muy malo.
Letra es de tu esposa.

D. LORENZO.

Palo.
¿Y qué pide?

ESPARABAN.

Dice asi:
Señor Don Felix, porque
vuestra pasion vea, quanto
debe á mi afecto:::

D. LORENZO.

¡Es encanto!
Bellas voces de minué.

ESPARABAN.

Hoy la suerte ocasion da,
de poder vernos.

D. LORENZO.

¿Tonton,
(va de disimulacion)
burlas conmigo?

ESPARABAN.

Aqui está.

D. LORENZO.

¡Qué ha de estar!

ESPARABAN.

Lo que te digo.

D. LORENZO.

¡Lo que escribe mi mujer,

á otro que á mí habia de ser!

ESPARABAN.

¿Por que te enojas conmigo?

Sale Don Sancho.

D. SANCHO.

¿Qué es esto?

D. LORENZO.

Ese borrachuelo,
embustero, que ha fraguado
un enredo. Yo he pensado, *ap.*
si es verdad, lo que ya huelo,
que me está bien, encubrillo.

ESPARABAN.

Soy un hombre muy de bien.
Con otro hombre habla, y de quien
es la letra, he de decillo:
es de mi ama, y vive Dios::

D. LORENZO.

Que es un puro enredo todo,
que castigo de este modo. *dale.*

ESPARABAN.

¡Ay! ¡Ay! *vase.*

D. SANCHO.

Para entre los dos,
¿qué es esto de hombre y de letra?

D. LORENZO.

Un papel.

D. SANCHO.

¿De Leonor?

D. LORENZO.

Sí.

D. SANCHO.

¿A verle?

D. LORENZO.

Ya'le rompí.

D. SANCHO.

Pues algo en él se penetra,
Lorenzo, quando un lacayo
puede con su necedad:::

D. LORENZO.

Señor, que es todo maldad.

D. SANCHO.

El trueno avisa del rayo.
Tú sabrás, si es cierto pues;
que no lo será, es mas cierto; *ap.*
pero:::

D. LORENZO.

¡Por Dios, que estoy muerto!

D. SANCHO.

¡Ay de tu honor, si lo es! *vase.*

D. LORENZO.

¡Ay de mi honor! ¿Luego estriva
mi honor, en que obre bien ella?
¿Pues está en mí el disparate,
para que esté en mí la enmienda?
¡Valgate el diablo el papel!
Todas las tripas revueltas
me ha dexado. Ya aborrezco

á Leonor. ¿Pero qué señas
he visto yo, para que
papel y tinta no mientan,
y ahun mundo, demonio y carne.
¿Sin oirla, echarla á cuestas
el sentencion? Ta: que el diablo
es sutil, engaña y tienta.
Yo he de gobernar el caso
con toda quanta imprudencia
cupiere; y pues es de noche,
y está mi casa tan cerca,
yo y Leonor:::

Entra por una puerta y sale por otra, y salen Don Henrique y Juana.

JUANA.

Entra conmigo,
y anda aprisa, no te vean.

D. HENRIQUE.

¡Ay Juana!

D. LORENZO.

¡Qué es lo que miro!

D. HENRIQUE.

Si yo á Leonor mereciera:::

D. LORENZO.

¡Leonor dixo!

JUANA.

Entra; que apuesto,
que mi ama está hecha una perra,
con lo que he tardado. *vanse.*

D. LORENZO.

¡Moscas!
Esta ya es solfa, que suena
de otro modo; pero á bien,
que tengo franca la puerta.
Tras ellos entro. *entra y se esconde.*
Salen Doña Isabél, Don Henrique y Juana.

D. ISABEL.

Un instante
tengo no mas, en que pueda
decirte:::

D. LORENZO.

Desde aqui puedo
escuchar, sin que me sientan.

D. ISABEL.

Quan agradecida está
Leonor á tanta fineza,
como os debe.

D. HENRIQUE.

¡Ay Isabel!
no me engañes, no me mientas.
¿Como me puede estimar,
quien papeles de su letra
envia á un Don Felix, diciendo,
que hay ocasion; que la vea?

D. LORENZO.

¡Primero y segundo, y yo
el sayo de la comedia!
Buena está mi honra, ¿Si puede

ser cierto esto?

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Dorotea,
trahe á esta pieza vna luz.

JUANA.

¡Ay desdichada!

D. ISABEL.

Entra, entra
tras de mí.

D. HENRIQUE.

No; que he de ver
á esta ingrata, y convencerla.

D. ISABEL.

Que me pierdes; entra.

Entranse, y Don Lorenzo detras de ellos.

D. LORENZO.

Ahun bien,
que por sus pisadas mesmas
he de seguir este enredo.

D. LEONOR.

¿No me oyen?

Sale Don Felix.

D. FELIX.

La contingencia,
de estár la puerta entornada,
no es posible, que no sea
(si el aviso del papel
entiendo) hacer la desecha,

para que yo logre entrar.

D. LEONOR.

En el centro de la tierra
deben de haberse metido.
Yo voy. ¿Mas quién va?

D. FELIX.

Inés bella,
Don Felix soy.

D. LEONOR.

¡Cielos, qué oygo!

D. FELIX.

Yo soy, mi bien, el que esperas,
si el medio entiendo, con que
consiguió tu sutileza
avisarme.

D. LEONOR.

Caballero,
no soy Doña Inés; mas esta
ocasion tener estimo,
para que sepais, que ella
está en mi casa, y que soy
una mujer, que se empeña
en su honor y vuestro amor.

Sale Don Suncho.

D. SANCHO.

¡Cómo tendrán estas puertas
en el quarto de Don Pedro
con tal descuido! Ahun no hubiera
una luz.

D. LEONOR.

Y asi, señor
Don Felix:::

D. SANCHO.

¡Qué escucho, penas!
¡No es esta voz de Leonor!

D. LEONOR.

Bien podeis vuestras finezas
proseguir.

D. FELIX.

En vuestra mano
pongo, señora, mi estrella.

D. SANCHO.

¡Hay mas terrible osadia!

D. LEONOR.

Pues idos con la advertencia,
de que á mi casa otra vez
no os arrojeis, porque en ella
tenemos muchos testigos.

D. SANCHO *echando mano.*

Con uno basta, que venga
tanta injuria.

D. LEONOR.

¡Ay de mí triste!

D. SANCHO.

Hombre, qualquiera, que seas,
que al decoro desta casa
te atreves, de mi sangrienta
ira no te escaparás. *riñen.*

D. FELIX *echando mano.*

Engáñase, el que sospecha
tal accion de mí.

D. LEONOR.

Turbada,
solo elijo en mi defensa
mi fuga. *vase.*

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¡Ruido de espadas,
y sin luces estas piezas!
¿Quién vá?

D. FELIX.

Quien á cuchilladas
abrirá el paso, que cierra
vuestro arrojo.

D. SANCHO.

Mal podreis.

D. PEDRO.

¡Como mi quarto palestra
de armas! ¿Vos no conoceis,
al que osado no respeta
mi casa?

D. FELIX.

Dichoso he sido,
pues ya he encontrado la puerta. *vase.*

D. PEDRO.

Quién es su dueño:::

D. SANCHO.

Don Pedro,
detenedle ; que no pueda
escapar.

D. PEDRO.

No pasará
nadie, que no le convierta
mi ardor en cenizas.

D. SANCHO.

Eso es
lo mejor. Muera.

D. PEDRO.

Pues muera.

Sale Doña Inés con luz.

D. INES.

¿Quién ha de morir, señor?

D. SANCHO.

Viva estatua soy de piedra.

D. PEDRO.

¿Don Sancho, dónde está el hombre
con quien reñiais?

D. SANCHO.

La mesma
pregunta os iba yo á hacer.

D. PEDRO.

Por Dios, que es buena la flema.

D. SANCHO.

Mejor es la vuestra, viendo,
que se escapa.

D. PEDRO.

La escalera
saltaré de un brinco en alas
de mi cólera, ahunque quiera
mi edad lo contrario.

D. LORENZO *dentro.*

Asi
se castigan insolencias.

D. ENRIQUE *dentro.*

Valgame el Cielo.

D. LORENZO *dentro.*

A mí, y todo.

Sale Doña Isabél.

D. ISABEL.

¡Hay mas infeliz tragedia!

LAS DOS.

¿Qué es eso?

D. ISABEL.

Acudid aprisa;
que Don Lorenzo (¡qué pena!)
habiendo encontrado un hombre
(claro está, que ladron era)
en esa quadra de adentro,
con él á estocadas cierra:
y él, por no ser conocido,
eligiendo por defensa
un precipicio, se arroja
por el balcon, y la mesma
accion hizo Don Lorenzo;

y no es posible, (estoy muerta)
que no se hayan ambos hecho
pedazos.

D. PEDRO.

¡Ah infames prendas!
¡Ah mujeres! ¡Desdichado
del que os tubiere á su cuenta!

D. SANCHO.

A ayudarle y socorrerle,
vamos.

D. PEDRO.

Vamos.

Sale Don Lorenzo envaynando la espada.

D. LORENZO.

¡Linda flema!
Ya yo pudiera estar hecho
mazamorra y jarcia vieja.

D. PEDRO.

¿Pues que es esto, Don Lorenzo?

D. LORENZO.

¿Y qué es esotro: con esas
espadas ambos caducos?

D. SANCHO.

Una osadia tan nueva:::

D. PEDRO.

Un atrevimiento tal:::
Pero el apurarlo, es fuerza.
Leonór:::

D. LORENZO.

Quedo con Leonor.

D. SANCHO.

Dorotea: : :

D. LORENZO.

Dorotea
no tiene aqui, que hacer nada.

D. PEDRO.

¿Cómo, que no? ¿Una sospecha
tan contra mi punto tengo
de disimular?

D. LORENZO.

Con flema;
que quien debe aqui tener
el punto, ahun hasta en las medias,
soy yo; y pues que disimulo,
nadie en el cuento se meta.

D. SANCHO.

Necio, ¿y encontrar un hombre
yo (no hay, que andar en cautelas,
tocando á todos el todo)
hablando: : ?

D. PEDRO.

¡Infeliz estrella!

D. SANCHO.

¿Con tu esposa?

D. LORENZO.

Puede ser
contingencia.

D. PEDRO.

¡Contingencia!
Vive Christo, he de matarla.

D. LORENZO.

En sacando la dispensa,
y siendo vuestra mujer.

D. PEDRO.

Pues es mi hija.

D. LORENZO.

Ahunque sea.
Ya la disteis al marido,
y siendo suya, no es vuestra.

D. SANCHO.

Eres un necio, y no sabes,
que en tal caso es la prudencia
infamia.

D. LORENZO.

Y la tropelia,
digame usted, ¿que remedia?

D. PEDRO.

¿Y tú, Lorenzo, que viste?

D. LORENZO.

Un hombre, que en casa se entra,
que le sigo, y que se arroja
de un balcon, sin que pudiera
por la ventana alcanzarle
mi rabia.

D. SANCHO.

¡Y eso te dexa

tan sosegado!

D. LORENZO.

Señores,
en mí no hay las experiencias,
ni el discurso, que en ustedes;
pero yo en estas materias
hiciera la boberia:::

LOS DOS.

¿De qué?

D. LORENZO.

De tener paciencia.
Que puesto, que están en casa,
las que (si acaso es por ellas)
cometen este delito,
industria, maña, cautela
han de decir la verdad,
sin darlas lugar, que mientan;
y yo siempre he de creer:::

LOS DOS.

¿Qué?

D. LORENZO.

Que mi mujer es buena.

D. SANCHO.

¿Quièn os lo asegura?

D. LORENZO.

El ver,
que están las puertas abiertas;
y pues no escapa su vulto,
segura está su conciencia.

D. PEDRO.

Siga la necedad tuya,
tu poco punto esa senda;
que yo haré, lo que me toca.
Valgame Dios, si esto enreda
Doña Inés, ¡qué bien me paga
el albergue y la asistencia! *vase.*

D. SANCHO.

Corrido estoy, de mirar,
quán poco tu honor te empeña;
pero lo que á tí te falta,
sobra en mí. ¡Si es, que viniera
Don Felix hasta Granada
por Leonor! Si asi me premia
mi amistad, bueno estoy yo. *vase.*

D. LORENZO.

Haga, lo que le convenga
cada uno, como conmigo,
ni mi mujer no se metan;
que el mas Bobo, sabe mas
en su casa: y ya se empieza
á adelgazar mi calletre,
con que puede ser, que vean,
que el Honor dá Entendimiento,
y hemos de ver, el que acierta.



JORNADA TERCERA.



Salen Don Sancho y Esparabán con unos papeles.

D. SANCHO.

No sabes, Esparabán,
con quánta interior fatiga
te he estado esperando.

ESPARABAN.

A bien,
que de ella has salido aprisa.
Estos los papeles son,
que en el escritorio habia.

D. SANCHO.

Yo bien conozco la letra
de Leonor, y ya mi dicha
dió, con lo que deseaba.
Toma, y con la traza misma
aquestos papeles vuelve
á su lugar.

ESPARABAN.

Por tu vida,
señor, que no te se escape,

que yo te dí la noticia,
de dónde el papel estaba,
y lo que en sí contenia;
que me pondrá mi señor
de vuelta y media.

D. SANCHO.

¡Que digas
tal! ¿Pues era facil eso?

ESPARABAN.

A mí solo me motiva
la lastima, de saber,
como la gran bobería
de mi amo trata su honor. *vase.*

D. SANCHO.

Hasta en esta gente indigna
se extraña la ceguedad
torpe, la mal advertida
tolerancia de este necio,
ultrage de mi familia. *mira el papel.*
¡Valgame el cielo, qué miro!
Letra es suya, y muerte mia;
y si cotejo el papel,
con lo que oí, que decian,
quando á Leonor y Don Felix
escuché, lo uno confirma
lo otro, y tantas circunstancias
no pueden ser sin malicia.
Ahora bien, ya la sumaria
hecha en escrito, y de oídas

está; solo falta, el ver,
si la confesion explica
del reo el delito, para
que obre en razon la Justicia.
Y puesto que es tan temprano,
y solo Leonor vestida
está en fuerza del desvelo,
con que el temor la malquista
el sueño, hagamos lo mas
que podemos, que es oírla.
¿Leonor?

Sale Leonor.

D. LEONOR.

¿Padre?

D. SANCHO.

¿Cómo ahora
nombre de tanta caricia
me dás, Leonor?

D. LEONOR.

Como, quien
tanto á su marido estima,
debe al padre de su esposo
duplicado amor, á vista
de que es pariente del alma,
y el padre lo es de la vida.
¿Qué me mandas?

D. SANCHO.

Que parezcas,
lo que dices, y no finjas.

¿Quién era un hombre, con quien
hablando estabas con finas
expresiones la otra noche
(que acaso al quarto subia
de tu padre yo) en aquesta
propia pieza, á quien retiran
la luz?

D. LEONOR.

Uno, que se entró
casualmente.

D. SANCHO.

Eso es mentira;
y para que no lo niegues,
dime: ¿cómo ya sabías,
que se llamaba Don Felix,
pues asi tu alevosía
le nombró? ¿Saber su nombre,
y entrar acaso, no implica?

D. LEONOR.

No, señor; que es conseqüencia
la vuestra errada é indigna:
porque, como al propio tiempo
que entró en la quadra, salia
yo, preguntando, quién era,
dió de su nombre noticia;
y asi lo supimos ambos
á un tiempo.

D. SANCHO.

Estás convencida

por dos partes; la primera
es, porque, si no sabías,
quien era, lo natural
era, que del miedo herida,
juzgando, fuese ladron,
convocases la familia
á voces, huyendo dél;
mas tan al contrario hacias,
que:::

D. LEONOR.

Le hablaba en un empeño
de otra mujer, que se fia
de mí.

D. SANCHO.

¿Leonor, quién te ha hecho
agente de tus amigas?

D. LEONOR.

La razon.

D. SANCHO.

Una mujer
sábia, honesta y recojida,
no anda en tan ruines empleos.
Tú eres sola:::

D. LEONOR.

No lo digas;
mira, que es mucha mujer,
la que ultrajas.

D. SANCHO.

¿Y al que irritas

no es mejor que tú?

D. LEONOR.

¡Mejor!

Mayor sí, que soy tu hija;
¡pero mejor! A buen tiempo
revuelves genealogías.

D. SANCHO.

Las obras dicen la sangre.
¿Y en qué no andará atrevida
quien (porque á la otra razon
pase, que lo otro confirma,
de lo que niegas) escribe
con veneno, en vez de tinta
este papel? *Muestrasele.*

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. SANCHO.

Tu letra es. ¿De qué te admiras?

D. LEONOR.

No rompió Inés los papeles. *ap.*
¿Pues cómo, (¡yo estoy perdída!
¡Hay mayor desgracia, cielos!)
este billete vendria
á las manos de Don Sancho?

D. SANCHO.

¿Ves, como, quantas fabrícas,
son suposiciones falsas?

D. LEONOR.

Negar, que la letra es mia,

no puedo ; pero la nota
no lo es ; y eso califica,
que hubo necedad , no culpa,
en que yo por otra escriba,
quando:::

D. SANCHO.

¿Con tan poco miedo
confirmas una ignominia
semejante ? Vive Dios,
que deste acero á la ira,
infame mujer:::

Sale Don Lorenzo.

D. LORENZO.

¿Qué es esto?

D. SANCHO.

Hacer, lo que tú debias,
teniendo honra.

D. LORENZO.

¡Cómo; cómo!
¡En mi casa alicantinas!
¿A mi mujer amenazas?
Meta la daga en la cinta,
señor: que, como está chocho,
parece, que desvaría.

D. LEONOR.

Si tú, Lorenzo, me oyeras:::

D. LORENZO.

Gastaramos la saliva
en valde ; pues quanto hay bueno

creo de tí, sin que lo digas.

D. LEONOR.

Es que yo:::

D. LORENZO.

¿Qué, es lo que intentas?

D. LEONOR.

Disculparme.

D. LORENZO.

Es bobería.
La verdadera disculpa,
y la que tú necesitas,
es, que yo no la pretenda,
pues que no hay, para que sirva.
Y asi, vive Dios:::

D. SANCHO.

Ya en él
la colera resucita.

D. LORENZO.

Que si sé, que no te vas
al paseo, á las visitas,
y que no estás muy alegre,
me lo has de pagar: y mira,
que he de ver en tu semblante,
lo que tu interior me explica.

D. LEONOR.

Como á mí nada me acusa,
verás tan obedecidas
tus órdenes, que ahora voy,
á ordenar mil alegrías;

que, estando tú satisfecho,
todo lo demás no implica. *vase.*

D. SANCHO.

Quando en tí ni entendimiento,
hay, ni punto en tan no vista
maldad:::

D. LORENZO.

Hay en usté voces,
que alborotan, y no avisan;
y hay:::

D. SANCHO.

¿Qué ha de haber?

D. LORENZO.

Imprudencias,
que ajenas pendencias riñan.

D. SANCHO.

A mí me toca:::

D. LORENZO.

¿Qué toca,
ni qué tañe, ni qué chifla,
sino es rezar y comer,
sin entrometerse en vidas
ajenas?

D. SANCHO.

¡Ajenas!

D. LORENZO.

Sí;
que ya os dixe el otro dia,
que Leonor es mi mujer.

D. SANCHO.

¿Cómo asi te precipita
tu necedad con tu padre?

D. LORENZO.

A ese nombre de rodillas
obedezco; pero, como
hallo en vos, quien me lastíma,
en lo que adoro, y es mio,
el defenderlo, es precisa
accion: ¿y si lo unís vos,
quién quereis que lo divida?

D. SANCHO.

Lorenzo:::

D. LORENZO.

No me molais.

D. SANCHO.

Advierte:::

D. LORENZO.

Es vana porfia;
y eso de sermon es bueno
para la Iglesia, ó la esquina.

D. SANCHO.

Pues quedate con tu necia
extravagante manía;
y ahun no sé, si diga infame,
mientras mi maña averigua,
(pues que conozco á Don Felix,
y el papel que le escribia
Leonor, tengo en mi poder)

¿en qué se funda, en qué estriba
esta confusion? *vase.*

D. LORENZO.

Señores:
¡que digan, que hay una pizca
de entendimiento en el mundo,
quando, en quien mas se fatiga
en hacer que sabe, se hallan
dos ó tres bachillerías,
y en llegando á las acciones,
con mil tiznones las pringa?
Confieso, que en este caso
hay sospechas infinitas,
que me tienen desvelado,
y han hecho en mi fantasía
tal impresion al impulso
del honor, que en mis dormidas
potencias despierta quantos
vagos discursos bacílan,
que lo que estudio y desvelo
y ahun naturaleza misma
no quiso hacer han logrado
y hecho en mi imaginativa,
de la honra el sentimiento,
y el temor de la ignominia.
Otro yo, en pensando en esto,
hay en mí; y quando desvía
mi discurso estas especies,
vuelvo á mi rudeza antigua.

En fuerza de este discurso,
yo de Leonor bien podria
saber la verdad. ¿Pues cómo
he de mostrar una indigna
desconfianza, á quien ha de
vivir en mi compañia?
¿Si está inocente (que es cierto)
cómo viviré á su vista?
¿Ni cómo á un hombre querrá,
que sabe, que desconfia
de ella? ¿No es darle permiso
á la culpa, el discurrirla,
que pudo ser capáz de ella?
Esta es consecuencia fixa.
Demás de esto su quietud,
el vér, que no solicíta
su disculpa, haber en casa
dos criadas y una prima;
y ahunque ella escriba el papel,
ver, que en él á un hombre avisa,
sin expresar á qué efecto,
¿no puede, si bien se mira,
ser accion indiferente?
Y quando algo se permita
al recelo, á una ignorancia
una reprehension castiga.
¿Pues cómo me he de arrojar
á maltratarla, á reñirla,
labrandome yo la ofensa,

que ella quizás no imagina?
No, señor: maña, cautela,
invencion, marrajería
han de inquirir la verdad;
y si el daño se confirma,
hay un veneno, que calla,
y no un puñal, que publica.
Y pues sé, que es aquel hombre,
que me costó la caída
del balcon, el mismo, que
está siempre de estantigua
de esta calle con el otro
que siempre está en las esquinas,
con él hablando, yo haré:::
Pero esto el tiempo lo diga. *vase.*

Salen con manto Doña Isabél y Juana, y con ellas D. Henrique y Martin.

D. HENRIQUE.

¿Con qué, Isabél hermosa,
pagaré lo que debo á tu belleza?

D. ISABEL.

Ahun ignoras, Henrique, mi fineza;
pues viendo la forzosa
accion, de verte entonces arrojado
por el balcon, fue tanto mi cuidado,
que no bastando el verte
despues sin daño alguno, de esta suerte
á la calle me arrojo,
á pesar de la guardia, que el enojo

ha puesto de mi tio
en su casa, buscando el amor mio
ocasion, que se hallen descuidados
Don Lorenzo, Don Pedro y los criados.

D. HENRIQUE.

¡Ay, divina Isabél, si yo debiera
tanto á esa ingrata, á esa enemiga fiera,
como te debo á tí, quánta sería
mi gloria, mi consuelo, mi alegria!
Pero quieren los hados,
que añada su traycion á mis cuidados
despues de mis desvelos
el dolor insufrible de unos zelos.

D. ISABEL.

¡Zelos! ¿De quién?

D. HENRIQUE.

De un hombre, que ignora-[do
vive de mí: un Don Felix, que ha logrado,
que le escriba Leonor, y que la vea.
Yo mismo ví el papel.

D. ISABEL.

No sé, quién sea.
Mas si todo eso ves:::

MARTIN.

Ah Reyna mia,
¿no quiere usted, hacerme compañia?

JUANA.

No señor, que me llama
mi inclinacion:::

MARTIN.

¿A qué?

JUANA.

A primera dama;
y es usted muy bufon, y no quisiera,
me hiciese su segunda ó su tercera.

MARTIN.

Para eso de tercera era donosa.

JUANA.

¿Por qué?

MARTIN.

Porque es su cara muy graciosa.

JUANA.

¿Graciosa solamente?
Mirela sin pasion: pongase enfrente.

MARTIN.

Pase.

JUANA.

¿No mas que pase?

D. HENRIQUE.

¿Quando mi pecho en zelos no se abrase,
me podrás persuadir, á que la olbide?
No: quando sé, que aleve no se mide
al amor de su esposo,
á quien no le disputo lo dichoso,
pues se lo dió la suerte;
mas á otro, y no ser yo ¡tormento fuerte!
ver que Leonor conceda una esperanza,
yo ensayaré su olbido en mi venganza.

JUANA.

Vamos, que ya es tarde.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¡Cielos,
no es Juana aquella, que miro!

D. HENRIQUE.

Permitid, que os acompañe,
hasta quedar sin peligro,
de que os vean.

D. ISABEL.

Vete tú;
que nosotras de improviso,
como está cerca, podremos
entrarnos en casa.

D. PEDRO.

Es fixo,
que es ella y quien la acompaña.
¡Oh sospechoso martirio;
que es fuerza, que en tu veneno
conviertas ahun los indicios!
¿Quién duda, que sea Leonor?
Arrojaréme atrevido.

D. HENRIQUE.

El cielo te guarde.

D. ISABEL.

A Dios. *vanse.*

JUANA.

Servidor, seo Martinillo.

MARTIN.

A Dios, chusca. *vanse.*

D. PEDRO.

Ya no sé,
qué hacerme; que si á él le sigo,
pierdo convencerla á ella,
de que la hallé en el delito;
si á ella me acerco, él se escapa;
y ahunque le alcance, es preciso,
niegue el hecho. Esto resuelvo;
acabar de descubrirlo
alcanzandola. Este hombre
es, el que á la esquina he visto,
y á mis puertas. ¡Oh pesares!
¡Oh, como sois discursivos! *vase.*

Sale Doña Leonor poniendose el manto.

D. LEONOR.

¿No despachas Dorotéa?

D. INES *dentro.*

Ya voy, señora.

Salen Doña Isabél y Juana.

D. ISABEL.

Hemos sido
dichosas; que está de espaldas.
Mientras el manto me quito
llega y diviertela. *vase.*

JUANA.

Mi ama,

ya el cernicalo prendido
traygo.

D. LEONOR.

Yo no te he mandado,
que vengas; que quien conmigo
ha de ir, es la otra.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

Infame,
ya di, á pesar de tu indigno
recato, con la evidencia
de tu loco desvarío.
¿De dónde vienes, traydora?
¿Quién es::: (Volcanes respiro.)
el hombre, con quien hablabas?

D. LEONOR.

¿Señor, pretendeis, el juicio
volverme, ó despues de tantos
pesares como resisto,
inventarme otros tormentos?
¿Quándo de casa he salido
yo? ¿Quándo he hablado con nadie?

D. PEDRO.

¡Que ahun pretendes, basilisco
de mi honor, negar lo propio,
que acabo de ver, testigos
ese manto, esa criada,
á quien un descuido hizo,
que viese el rostro!

JUANA.

¡Jesus!
¡Yo con manto! ¡A mí el hocico!
¡Yo fuera de casa!

D. LEONOR.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiendonos estos mantos.

D. PEDRO.

Ya tus engaños confirmo;
pues negando la evidencia,
con la duda harás lo mismo;
y vive el cielo:::

Sale con manto Doña Inés.

D. INES.

¿Señora,
vamos?

D. PEDRO.

¿Qué es vamos?

D. LEONOR.

Vestirnos,
para ir á misa.

JUANA.

Ahun se está
sin la carlanca Longinos.
¿Esparabán?

ESPARABAN.

Aquí estoy.

D. PEDRO.

Yo he de perder el sentido;
Vén acá, aleve.

JUANA.

Ay señor,
tireme usted mas quedito;
que me desmenuja.

D. PEDRO.

Quando
esa infame:::

JUANA.

¡Jesu-Christo!

D. PEDRO.

Hablaba con aquel hombre,
que es en la esquina continuo
de esta calle, ¿no volviste
el rostro, diciendo á gritos:
vamos, que es tarde?

JUANA.

Justicia
de Dios ¡Que no haya un ministro,
que me oyga! Que me deshonran.

D. PEDRO.

No es eso, lo que te digo.
Has de confesar, villana.

D. ISABEL *saliendo.*

¿Señor, pués con qué motivo:::

D. INES.

¿Pues con qué causa, señor:::

D. ISABEL.

Ocasionas este ruido?

D. INES.

Nos pones en cònfusion.

D. PEDRO.

Vén acá, Isabél (sin tino
me tiene el dolor) ¿saliste
hoy de casa?

D. ISABEL.

¡Quándo has visto,
que salga yo sin mi prima,
y sin que lleve conmigo
los criados!

D. PEDRO.

Dices bien:
y si con la accion confirmo
la sospecha, ¿en qué me paro,
sino en volver al principio
de mi recelo. Isabél,
entrate allá en tu retiro.
Esparabán, vete y busca
á Don Lorenzo.

ESPARABAN.

De un brinco
daré con él, si no está
paciendo entre los borricos. *vanse.*

D. PEDRO.

Esperate, Dorotéa;
y tú, ingrato cocodrilo,

que, para matar, adulas
con tiernos llantos fingidos,
entra en esa quadra, en donde
negada al menor resquicio
de la luz del sol, esperes
el mas terrible castigo,
que pueda inventar la ira;
pues en extremos distintos,
el ser del alma le borras
al que (¡oh no hubieras nacido!)
el sér te dió de la vida,
con excesos tan indignos,
que ya es tanta tolerancia
vilipendio.

D. LEONOR.

¿Padre mio,
pues para tanta crueldad
qué es, lo que yo he cometido?

D. PEDRO.

Tú lo sabes.

D. LEONOR.

¡Yo! ¿Era facil,
diese lugar, que un indicio
hubiese el menor, negando
el sér, que de vos recibo,
sin que yo misma en mí propia
hiciese:::?

D. PEDRO.

Dexa artificios,

que no han de valerte.

D. LEONOR.

Mira,
que para ojos, para oídos
hay engaños.

D. PEDRO.

Y evidencias.

D. LEONOR.

Señor, que oygas, te suplico.
Don Sancho me hizo hoy un cargo,
tú vienes con un capricho.

D. INES.

¡Ay de mí! ¡Si aquel papel *ap.*
causa tantos laberintos!

D. LEONOR.

Y no es justo, que yo sufra,
culpar mi honor terso y limpio
por razon alguna.

D. PEDRO.

A todo
te respondo, si te digo:::

D. LEONOR.

¿Qué?

D. PEDRO.

Que nada he de creerte.

D. LEONOR.

Padre, valgame este mismo
nombre, para enternecerte,
si un instante te suplíco

me oygas; que harto tiempo tienes,
de ser despues mi enemigo.
¿Dorotéa?

D. INES.

Oye, señor,
á tu hija, no compasivo,
sino justo; y si no quieres
escucharla, yo te afirmo,
que está inocente, y quizás
yo tengo de su delito
la culpa.

D. PEDRO.

A no enternecerme,
marmol fuera y bronce frio.

D. INES.

Oyela, y oyeme á mí.

D. PEDRO.

Tú eres parte, y tú testigo:
y ahunque ambos apasionados,
quiero conceder mi oído
á tí, que estás obligada
tambien á mis beneficios,
pero no delante de ella.

D. LEONOR.

Pues ahora si que te pido,
que me asegures y encierres;
mira, de mí quánto fio;
que me voy á la prision:
y pues del que era preciso

huir, estando culpada,
mi Juez hago, no te digo
mas en mi abono.

D. PEDRO.

Leonor,
ni yo en razon de tu alivio
mas á tí, de que tu gozo
no será mayor que el mio,
como estés sin culpa. *entrala.*

D. INES.

Cielos,
ya el ultimo extremo vino,
de pagarla la fineza
á Leonor; que por mí hizo.

D. PEDRO.

Inés, pues que sabeis quánto
á mi casa habeis debido,
que os he hospedado, y que en nada
os distingue mi cariño
de mi hija y mi sobrina,
hablad: mas bien entendido,
que respondiendome solo
á lo que en fé os participo,
de que direis la verdad.

D. INES.

Falteme el Cielo divino,
si os la recatare.

D. LORENZO *al paño.*

Ya

dexo hablados tres amigos,
y todo en gerga:::: Mas ola,
¡mi suegro aqui divertido
con Dorotéa! ¿Si el viejo
tendrá resabios de niño?
He de escucharlos.

D. PEDRO.

¿Don Felix
alguna vez ha venido,
á veros de noche?

D. INES.

Extraño,
que hagais de mí tan mal juicio.

D. PEDRO.

¿Sabeis, quién es cierto hombre,
que la noche de aquel ruido
se halló hablando con Leonor?

D. INES.

Ella á mí nada me dixo.

D. PEDRO.

¿Habeis salido con ella
esta mañana?

D. INES.

Ahora mismo
ibamos fuera.

D. PEDRO.

¿Quién era:::

D. LORENZO.

¡Haya suegro mas maldito!

¡Que rabien todos los viejos
por andar en cuentecillos!

D. PEDRO.

La que salió esta mañana
con Juana?

D. INES.

Yo á nadie he visto
salir de casa, señor.

D. PEDRO.

¿Si yo la ví; si he venido
siguiendola; si la hallé
con Leonor; si la accion miro
de estarse quitando el manto,
y á vos con él, no es preciso
venga con ella ó con vos?

D. INES.

Con ella, sé, que no vino.

D. PEDRO.

Pues vino con vos.

D. INES.

Tampoco.

D. PEDRO.

¿Pues es encanto? ¿Es hechizo?
¿ó qué es esto?

D. LORENZO.

Es el demonio,
que está en los suegros metido.

D. PEDRO.

Pues vive Dios, que ha de estar

mientras todo lo averiguo,
esa infiel hija encerrada
en esa quadra.

D. LORENZO.

¡Qué he oído!

D. PEDRO.

Ya que un enredo tras otro,
hidra de cuellos distintos,
sucede:::

D. INES.

Pues del papel *ap.*
no dice nada, ello es fixo,
que no sabe nada.

D. PEDRO.

Alli
ha de morir.

Sale Don Lorenzo.

D. LORENZO.

Suegrecillo,
¿quién ha de morir?

D. PEDRO.

Un áspid,
que engendré, para que impío
me diese muerte.

D. LORENZO.

¿Y Leonor?

D. INES.

No sé. *vase.*

D. LORENZO.

Mas que me aspo á gritos.
Leonor, Leonor, Leonor::: *á gritos.*
suegro, fondo en pergamino:::

D. PEDRO.

En esa quadra, Lorenzo,
está, donde determino
no darla la libertad,
hasta averiguar:::

D. LORENZO.

Quedito.
¡Qué es eso, de averiguar
á mi mujer! ¡Voto á Christo!
Con la mujer solo puede
averiguarse el marido.
Venga la llave.

D. PEDRO.

Esta es;
pero dartela resisto,
hasta hacer una experiencia.

D. LORENZO.

¡Experiencia! ¿Somos Chinos?
Experiencias con mujeres,
es zapatear sobre vidrio.
Suelte la llave.

D. PEDRO.

Lorenzo:::

D. LORENZO.

Suelta, vejete, ó te quito

la cofayna de los sesos.

D. PEDRO.

Toma; que tu desvarío
no distingue; que á saber,
fuera, dandote un aviso.

D. LORENZO.

¿De qué?

D. PEDRO.

De que ya casada
Leonor, no tengo dominio
sobre ella; tuya es la accion,
y en tí recae el peligro.

Dale la llave, y vase.

D. LORENZO.

De oráculos de cecina
con espantajos de mico
estos viejos me marean
á sentencias los sentidos.
Mas del papel, que perdí,
pues alguno del bolsillo
me lo sacó, yo ya tengo
alguna seña, pues dixo
mi suegro, si habia Don Felix,
á Dorotéa, venido,
á ver. ¿Qué fuera, que yo
descubriese este embolismo?
Mas vamos á lo que importa.
Amoroso dueño mio, *abre.*
sal aqui.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Padre, estás ya
satisfecho y convencido
de mi inocencia?

D. LORENZO.

¿Qué padre?
Hija, es un perro judío
el que tú tienes. Tu padre,
tu madre, y ahun tu sobríno
soy yo, porque yo soy solo,
quien no hace de tí mal juicio.

D. LEONOR.

¿Esposo?

D. LORENZO.

Daca los brazos,
y maldito sea, quien te hizo,
y el que me hizo á mí tambien.

D. LEONOR.

¡Qué dices!

D. LORENZO.

Que confundido
vá el viejo y desengañado.

D. LEONOR.

Claro es, pues vió:::

D. LORENZO.

Nada ha visto;
que tiene los ojos güeros,
y ahun con otros dos postizos.

no vé siete sobre un asno.

D. LEONOR.

Pues dime, ¿qué ha sucedido?

D. LORENZO.

Yo te lo diré despacio.
Que te vayas te suplico,
y echame acá á Dorotea.

D. LEONOR.

¿Pues qué misterio exquisito
hay ahora?

D. LORENZO.

No me repliques,
¿No vés, que me encolorizo?
Echame acá á Dorotea. *yase.*

Sale Doña Inés.

D. INES.

Aqui estoy á tu servicio.

D. LORENZO.

¡A mi servicio, señora!
¡Qué concepto tan cochino!
Hable bien, y oyga. ¿No sabe,
que, rasgando papelillos,
la encontré, sobre mi mesa
el otro dia? Si finjo, *ap.*
la he de sacar la verdad.

D. INES.

Es cierto.

D. LORENZO.

Pues la he cojido;

que ya sé, quien es Don Felix,
y segun el viejo ha dicho,
sé, que su nombre es Inés;
y que ella, sin ser Obispo,
se ha confirmado á sí propria;
y todo este revoltillo
se le achacan á Leonor,
y ella es, la que le ha urdido.
¿Esto es verdad, ó mentira?

D. INES.

¡Cielos, todo se lo han dicho *ap.*
Leonor y Don Pedro! En vano
será, negarlo; y, si aspiro,
á ocultarlo, el honor queda
de Leonor en gran peligro.
Mejor es, Cielos, fiar
algo al favor del destino,
y confesarlo.

D. LORENZO.

¿Qué dice?

D. INES.

Si vés, que no te replico,
¿no conoces, que concedo?

D. LORENZO.

Pues ven acá, demoñito,
trampa con moño, patillas
con cintajos y con grifos,
el papel, que yo le vi,
¿como, siendo tuyo mismo,

era de la mano y pluma
de Leonor, menor pupilo
de Doña Inés Dorotea?

D. INES.

No sé escribir, y me hizo
merced, de escribirle ella.

D. LORENZO.

Malditos sean sus nudillos,
y bien hayas tú entre todas
las embusteras del siglo,
que con tu voz me has abierto
las puertas del paraiso.
Dame un abrazo.

D. INES.

Repara.

D. LORENZO.

Dame dos, tres, quatro, cinco.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

¡Que es esto!

D. LORENZO.

Estar abrazando.

D. LEONOR.

¡Pues cómo tan atrevido,
donde pueda verlo!

D. LORENZO.

Calle,
y metase en su escondrijo,
que si lo supiera bien,

á cien reales el quartillo
me pagara de este abrazo. *abraz.*

D. LEONOR.

¡Dorotea!

D. LORENZO.

Bueno, lindo.
¿Qué Dorotea, ó qué diablo?
Vaya allá dentro, la digo.

D. LEONOR.

¡Cómo::!

D. LORENZO.

Vaya; que la tengo
de cortar esos deditos.

D. LEONOR.

Yo he de saber:::

D. LORENZO.

Arre allá. *Entrala.*
Tú, Inés, ven; que vive Christo,
que hoy te has de casar con ese
Don Felix advenedizo.

D. INES.

¡Qué dices!

D. LORENZO.

Que yo sé, como:::
Vén; que esta llave su oficio
ha de hacer; y tú, pues es
por tu bien y por el mio,
has de ayudar cierto enredo.

D. INES.

Si es á ese fin, no replico.

D. LORENZO.

Y Leonor cierta engañifa;
con que han de ver, si consigo
acreditar, que en su casa
mas el mas necio ha sabido;
y vengarme de canalla
maliciosa: y pues los niños
viene espantando la noche
con su rostro guarnecido
en holandillas de nubes
pardas y negras, quedito;
seguirme y obedecerme;
que ello dirá.

D. INES.

Ya te sigo. *vanse.*

Sale por un lado Don Felix, y por el otro Don Henrique y Martin.

D. FELIX.

Noche, de temores llena:::

D. HENRIQUE.

Madre de sustos y horror:::

D. FELIX.

Pues copiando mi dolor:::

D. HENRIQUE.

Pues retratando mi pena:::

D. FELIX.

Me hace espaldas tu piedad:::

D. HENRIQUE.

Tu confusion me desmiente:::

D. FELIX.

Permite, que estar intente:::

D. HENRIQUE.

Dexa, inquirir la verdad:::

D. FELIX.

Donde logre un desengaño:::

D. HENRIQUE.

De una ciega fantasia:::

LOS DOS.

Y mas que no salga el dia,
si ha de salir por mi daño.

D. FELIX.

Pues hácia allí un vulto veo.
¡Si es Don Henrique! No hay duda.

MARTIN.

¡Qué haya hombre, que á ver acuda
de noche, lo que el deseo
de dia no vé!

D. HENRIQUE.

No, Martin,
culpes en mí accion alguna:
culpa mi adversa fortuna,
que pudiendo ser el fin,
de estar aqui, el de lograr
un amoroso placer,
un pesar hubo de ser.

MARTIN.

Y ahun pesar puede el pesar
algo mas, si porfiado
aguardas hasta las nueve.

D. HENRIQUE.

¿Qué?

MARTIN.

La tormenta, que llueve
el nubarron del vidriado.
Mira, hombre de satanás,
que estás en riesgo evidente.

Sale Don Lorenzo, é Inés con manto.

D. INES.

¿Suele ponerse allí enfrente?

D. LORENZO.

Sí, y tú le llamarás.
Llega.

D. INES.

Cé.

D. HENRIQUE.

A mí.

D. INES.

A vos; seguidme;
que os llama aquella persona,
que está en casa de Leonor.

D. HENRIQUE.

Isabél ès. ¿Quién lo ignora?
Sigueme, Martin.

D. LORENZO.

Ya tienes,
quien te vaya haciendo escolta.

D. INES.

Dos vienen.

D. LORENZO.

Vengan doscientos.
Sin que te vean, ni te oygan,
encierralos, donde dixe,
y aguardame.

Vanse Don Henrique y Martin tras Inés, y sale Don Sancho.

D. SANCHO.

¡A quien importan
vida y honor sus sospechas,
qué poco un sosiego logra!
No he podido descubrir
á este Don Felix, que nombra
el papel. ¡Pero qué miro!
En la esquina está una sombra.
¿Quién duda, que es él; pues siempre
en ella las noches todas
veo, que embozado:::?

D. FELIX.

Hácia mí
con solicitud curiosa
se llega un hombre.

D. LORENZO.

¿Qué fuera,

que embarazase una droga
mi intencion. Ah caballeros.

Al paño tres hombres.

LOS DOS.

¿Qué mandais?

D. LORENZO.

Puntico en boca,
y prontos á la ocasion.

LOS TRES.

Uced el caso disponga,
y se engergará.

D. LORENZO.

¡Qué hermosos
plumages para la horca!

D. SANCHO.

¿Señor Don Felix?

D. FELIX.

¿Quién es?

D. SANCHO.

Quien, ya que el nombre le informa,
quiere de vos inquirir,
¿que es, lo que os trahe á estas horas
á este sitio? ¿Y qué á acciones
os conmueve indecorosas
hácia un respeto el mas grande?

D. FELIX.

A proposiciones locas,
respondo yo desta suerte. *riñen.*

D. SANCHO.

Y yo concluyo de estotra.

D. LORENZO.

Ahora es ocasion: llegad.

Salen los tres.

UNO.

La Justicia.

D. FELIX.

¿Yo?

UNO.

La boca
le tapad. Vaya.

LOS TRES.

Venid. *llevanle.*

D. SANCHO.

Malogré la accion heroyca,
que intentaba. Recatarme
(pues que no advirtió la ronda
en mí) es fuerza, y pues le llevan
á la carcel, poco estorva;
que allí podré dar con él.
Por no encontrarlos, que coja
esta calle, y entre en casa,
es mejor. *vase.*

Salen Don Lorenzo, los tres hombres, y Don Felix cubierto el rostro.

D. LORENZO.

Aqui se ahorman
los guapos.

D. FELIX.

¡Tanto rigor
por casualidad tan corta!

D. LORENZO.

Entre y calle. A Dios, amigos.

LOS TRES.

Ved, si mandais otra cosa. *vanse.*

D. LORENZO.

¿Doña Inés?

Sale Doña Inés.

D. INES.

¿Qué es, lo que quieres?

D. LORENZO.

¿Y Don Felix?

D. INES.

En esotra
pieza está.

D. LORENZO.

Dame la llave.
¿El no te vió?

D. INES.

Y ahun de forma
mentí la voz, que ni el eco
pudo conocer.

D. LORENZO.

Ahora
llama á Leonor, y trahe luces.

D. INES.

Aqui te las tengo prontas,

y ella está aqui.

Saca dos luces, y sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

¿Que me ordenas?

D. LORENZO.

Que tus contrarios conozcas,
y que sepas; que tu esposo,
siendo un pobre zampa tortas,
ha sabido hacer sin ruido,
lo que otros gritando no obran.

D. LEONOR.

¿Pues por qué me dices eso?

D. LORENZO.

Porque has estado sin honra
hasta aqui, por un papel,
que de Marta la piadosa,
has escrito por Inés.
Mira, que nada se ignora,
y que es tiempo, de hablar claro.

D. LEONOR.

Ya Inés me informó de toda
la máquina, que dispones.

D. LORENZO.

Tú verás, como se logra
mi bien y el tuyo.

D. LEONOR.

Desde hoy
con mayor deuda te adora
mi obligacion.

D. LORENZO.

Pues oculta
está aqui, y de lastimosas
voces embute los ayres, *escondele.*
quando yo te avise. Toma
tú esa luz, y abre á Don Felix.

D. INES.

Cielos, yo he sido dichosa.
¿Don Felix? ¿Mi bien?

Sale Don Henrique y Martin.

D. HENRIQUE.

¿Quién llama?
¡Pero qué miro! ¡Ah traydora!
Muere. *Va á darla.*

D. INES.

¡Ay infelice de mi! *huye.*

D. LORENZO.

Esta es otra gerigonza.
¿Qué es esto?

D. HENRIQUE.

Ver una infame,
motivo de mi deshonra.

MARTIN.

¿Adonde estoy?

D. HENRIQUE.

No impidais,
que dé muerte á una alevosa.

D. LORENZO.

¿No dice, que este es su amante,

mujer ó diablo?

D. INES.

Pues pronta
la llave encuentro en la puerta,
aquesta quadra me esconda.

Va á entrar por la puerta izquierda, donde está Don Felix.

D. FELIX.

¿Quién vá? ¡Mas qué es lo que miro!
Inés, ¿quién es, quien te enoja,
que yo moriré á tu lado?

D. LORENZO.

Buena va la trapisonda.

D.HENRIQUE.

Don Juan, ¡cómo amparais vos
á quien:::!

D. FELIX.

Suspended la heroyca
cuchilla; que soy Don Felix,
y es vuestra hermana mi esposa.

D.HENRIQUE.

¡Cómo!

D. EELIX.

Como de aquel lance,
que fugitiva hasta ahora
la ha trahido, soy el dueño.
Es mi nobleza notoria.
Don Felix soy de Toledo.
Si por mujer me la otorgas,

todo lo remedias.

D. LORENZO.

¿Esta
es comedia ó Babylonia?

MARTIN.

¿No dixe yo, que estos cuentos
habian de parar en boda?

D. HENRIQUE.

Fuerza es, abrazar el medio,
que el pundonor me recobra.

D. LORENZO.

Ya todo está descubierto.
Grita, Leonor; que ya es hora.

D. LEONOR *dentro.*

¡Ay infelice de mí!

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Quién mi sosiego alborota
con quejas?

D. SANCHO *saliendo.*

¿Qué tristes ecos
son estos?

Sale Doña Isabel.

D. ISABEL.

¡Qué pavorosas
voces alteran el ayre!

Salen Juana y Esparaban.

LOS DOS.

¿Quién maltrata mi señora?

D. LORENZO.

Quien ha vuelto por su honor,
haciendo, lo que le toca.
Ya Leonor con esta daga
queda hecha pepitoria.

D. SANCHO.

¡Qué dices!

D. PEDRO.

¡Qué has hecho!

D. LORENZO.

¿Qué?

Lo que vuestras ceremonias,
vuestras malicias y vuestras
imprudencias me provocan.
¿Donde está un papel escrito
á un Don Felix, Don Alforja,
ó Don Demonio?

D. SANCHO.

Aqui está.

D. INES.

De ese papel es la nota
mia, y le escrbi á Don Felix;
y ahunque es de la mano propria
de Leonor, de lastimada
de mi honor, puso ella sola
la pluma, no la intencion.

D. PEDRO.

Ese desengaño sobra.
¿Mas el hombre, que seguiste

y que de un balcon se arroja?

D. ISABEL.

Fue Don Henrique, señor,
á quien engañada y loca
mantube en otra creencia;
siendo yo, la que amorosa
quise atraherle á mi afecto,
sin que nada vea, ni oyga
Leonor. Páguelo mi vida;
pues temeraria y traydora
he causado yo esta ruina.

LOS DOS.

¡Pues cómo, infame!

D. HENRIQUE.

Deponga
vuestra razon el enojo;
que es bien, que yo reconozca
yerro y enmienda. Mi mano
es de Isabél. *Danse las manos.*

D. SANCHO.

¿Y una sombra,
que vi, hablando con Leonor?

D. INES.

Es, que, sabida mi historia,
porque mi honor restaurase,
hablar, á su cargo toma,
á Don Felix.

D. LORENZO.

¡Jesu-Christo,

como andaba la pelota!
¡La honra de un hombre de bien
entre vejetes y mozas!

D. PEDRO.

Mira, necio, lo que has hecho:::

D. SANCHO.

Mira, quan ciego te arrojas:::

LOS DOS.

A dar muerte á la inocente.

D. LORENZO.

Ahora salis con la droga
de inocente, y me metiais
una daga por la chola
con cada palabra. Perros,
quien me deshonraba, á costa
de mi paciencia, eran quantos
juzgaban mal de mi esposa;
que yo nunca lo juzgué.
La manga de la parroquia
traygan; que han de morir.

Acuchillalos.

LEONOR *saliendo.*

Tente.

D. LORENZO.

Tu solamente, paloma
de mi vida y de mi alma,
suspenderás la ponzoña
de mi venganza. Todo esto
ha parado, en que eres boba,

en escribir por ninguna.
Si otra vez la pluma tomas,
con un trinchete te tengo
de rebanar ambas corbas.

TODOS.

¡Leonor!

D. LORENZO.

Vaya noramala.
Casese él con esta moza.

MARTIN.

Daca, puerca.

JUANA.

Toma, bruto.

D. LORENZO.

Vayanse todos y todas:
no quiero mas enemigos;
que suegros, padres, fregonas
y criados son en las casas,
para consumir, las gomias,
para enredar, los demonios.

D. ISABEL.

¡Dulce fin!

D. HENRIQUE.

¡Suerte dichosa!

D. INES.

¡Gran ventura!

D. FELIX.

¡Extraño gozo!

LOS DOS.

Mis desaciertos perdona.

D. LEONOR.

Lorenzo, mi ser es tuyo.

D. LORENZO.

Abrazame, fanfarrona
de mi vida; y sepan todos,
que la paciencia es gran cosa;
que el mas necio sabe mas,
en lo que á su asunto toca;
que la honra da entendimiento.

TODOS.

Y con dos palmadas solas
quedan premiados y alegres
nosotros, ingenio y obra.

